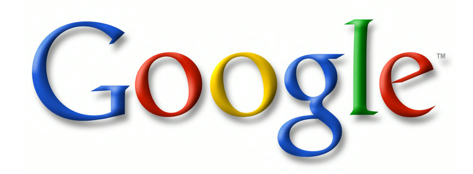




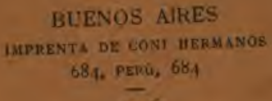
DE

AMÉRICA

EN LA HISTORIA DE EUROPA

POR

B. TERÁN



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1916

Al Dr. Bernardo Moses,
eminente y prolijo histo-
riador, de Juan B. Terán

Tucumán Oct. 17/916

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LA HISTORIA DE EUROPA

EL DESCUBRIMIENTO

DE

AMÉRICA

EN LA HISTORIA DE EUROPA

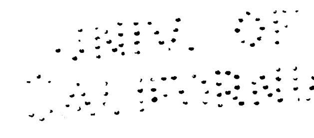
POR

JUAN B. TERÁN

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1916

A mi madre, a mi esposa, a mi hija Eugenia que tejen con flores diversas, bajo la misma lumbre, la corona de mi vida.



PREFACIO

Las páginas de este libro, que hablan de países remotos, han sido provocadas por la preocupación de mi propio país, y es la de esta crónica espiritual de su origen, tal vez, la única enseñanza que encierran.

Investigando la historia colonial del Tucumán — nombre de una vasta e indeterminada región argentina que descubrió el Perú — comprendí la necesidad lógica de estudiar las ideas que presidieron la conquista y la política que la gobernó.

Llegado al punto de precisar el fenómeno que pudiera llamarse la *ciudad americana* en los siglos XVI y XVII, me pareció que era dejar de lado la raíz de los sucesos no descender hasta el Descubrimiento.

Pero el cuadro conocido del Descubrimiento era demasiado teatral : aparecía con caracteres irreales a fuerza de magnificar los *dramatis personae*. Desaparecían la época, los pueblos, las ideas, todo el pasado, para dejar solamente en pie dos inmensas figuras en el desierto de la historia del Descubrimiento : Colón y la reina Isabel.

Han atraído efectivamente con violencia exclusiva la biografía del descubridor, su constancia conmovedora, su honda tristeza antes de las capitulacio-

nes de Santa Fe, mística y exaltada al delirio después del descubrimiento y al comienzo de las injusticias, su gloria constelada de infortunio.

Luego la romántica figura de la reina, sobreponiendo su visión inspirada a fallos de concilios y juntas sabias y entregando sus joyas, según la leyenda, para costear el viaje a lo desconocido.

Es verdad, también, que por su fecundidad sin par, el descubrimiento de un mundo nuevo era el motivo más capaz de tentar la admiración por lo grandioso propia de nuestra naturaleza. López de Gomara ya decía en la dedicatoria al emperador Carlos V, en 1552, de su historia apasionada : « la mayor cosa, después de la creación del mundo, sa-

cando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».

De ahí las leyendas. La que quiere arrebatar a Colón la gloria porque un piloto de Huelva, de regreso de Santo Domingo, ha transmitido a aquél el secreto de su expedición, luego la del motín de los tripulantes o la de la decisión de Colón de regresar después de largos días de navegación infructuosa, que Alonso Pinzón resiste, obligándolo a perseverar en la ruta.

Del motín y la reyerta con Alonso Pinzón, en la relación diaria y prolija del viaje que ha dejado Colón, no hay indicio alguno y se está inclinado a tenerlos por cuentos de Oviedo y Herrera. En 22 de septiembre, dice el diario,

la gente andaba muy estimulada. En 8 de octubre, día fijado por la conseja para la sedición que quería forzar la vuelta a España, si no se encontraba tierra en tres días, dice : « la mar está como el río de Sevilla, gracias a Dios, los aires muy dulces como abril en Sevilla, que es placer estar en ellos, tan olorosos son ».

En cuanto a las joyas, aun en la historia hiperbólica del obispo de las Casas, no son si no unas palabras en la entrevista de la reina con Luis de Santángel. La reina, ante el encarecimiento que Santángel hacía del proyecto de Colón, observó que era necesario esperar hasta obtener un poco de quietud en medio de las guerras, pero que si no podía esperarse tendría por bien

que sobre las joyas de su recámara se buscaran dineros para preparar la armada.

Nada de tcdo eso miran las páginas de este libro ni las de los que, el azar favorable mediante, han de seguirle, enderezados a estudiar los orígenes americanos.

Las del presente quieren ofrecer el cuadro de los sucesos que vinculan el descubrimiento a la historia de Europa y que muestran cómo era verdad que aparte de la arribada forzosa de Cabral a las costas del Brasil, llegaba a fines del siglo xv, su hora predestinada.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LA HISTORIA DE EUROPA

I

FEUDALISMO

La invasión y el municipio. — El municipio y el feudo. — Ambos son creaciones de las necesidades subsiguientes a las invasiones. — El feudalismo y sus detractores : Michelet. — La lógica del feudalismo y de la gran propiedad. — Fuerzas morales del feudalismo. — Las cruzadas — Sus consecuencias. — Aparición de un ambiente general de los pueblos; tráfico internacional; aumento de los consumos. — Influencia árabe : Federico II y Averroes. — La transformación de la Edad Media y su eco en la poesía de los trovadores.

Las invasiones suprimieron la unidad ya aparente del Imperio, los órganos y los centros de la vida general, de la comunicación entre los pueblos. Subsistían en cambio los órganos de la vida local, la ciudad, sus tea-

tros, sus acueductos, los estatutos municipales que medraban en la disolución y a medida que se encalmaban las luchas y se diseñaba el establecimiento de las nacionalidades nuevas.

La vida municipal cambiaba de sentido, pero su fuerza histórica se acrecía al llenar mayores necesidades.

La ciudad reunió dentro de sus muros población y riqueza, constituyó el único centro respetable y fuerte. Sobre ella se organizará la restauración del progreso político y económico.

Era el municipio el testimonio histórico de Roma, presente dondequiera que alcanzó su colonización.

Italia es por ello el país por excelencia de los municipios; una colección de colmenas ardientes y sabias.

Pero el hecho que hoy aisla el análisis histórico, quedó obscurecido y latente durante los siglos de la invasión, de las luchas de las

tribus, de la composición y recomposición instable de las diversas colonizaciones bárbaras.

En ese largo período se acentúa un hecho nuevo que parece dirigirlas.

Es el feudo, el particularísimo territorial y personal, nacido de la necesidad de defensa, una vez disuelto el imperio y a consecuencia del trastorno de las invasiones que no han reemplazado la autoridad destruída.

En el afán instintivo de simetría que mueve a los sistematizadores se ha opuesto aquel hecho a este hecho nuevo : la organización local al feudo, el municipio al castillo, aspirando a mostrar en el primero la herencia romana y en el segundo la contribución germánica.

Ciudad y castillo, vida social y fuerza personal o individualista serían los dos términos de cuya fusión habría surgido como de una manipulación de laboratorio la civilización moderna.

No parece, sin embargo, que puede atribuirse la aparición del feudalismo a una fuerza esencial de los invasores.

La erección del castillo almenado y municionado como una fortaleza, la adscripción del hombre a la tierra, que son sus exponentes, fueron floración espontánea de un estado social : no hay en ella un instinto de raza, el genio individualista, estrecho y fiero que se ha atribuído a los germánicos.

La anarquía, el estado permanente de guerra, la pobreza, la inseguridad exigían la fuerza, las armas, los muros macizos, la torre sobre la colina despejada y abrupta como un asiento de observación y operaciones y arrastraban al servilismo del débil, al contrato de protección y ayuda entre el feudatario y el señor (1).

(1) Michelet sostiene la idea que hemos expuesto. Encuentra que el triunfo de los germánicos se debe a razones contrarias a las de su supuesto individualismo : adhesión a los jefes de familia, a la abnega-

El fenómeno se ha producido en cierto modo en la historia argentina durante la anarquía posterior al año 20. Los caudillos tienen la legitimidad histórica de los barones.

Era el feudalismo una creación lógica coordinada para producir la felicidad social posible.

Lo propio ocurre con las comunas. Respondían a una misma necesidad. Por eso es que no aparecieron solamente donde las alentó la tradición romana. Por eso fueron tan prósperas y poderosas las comunas flamencas (1).

Esa tradición romana invocada para explicarlas es insuficiente y además innecesa-

ción personal, a la disciplina que, eso sí, dice, parecen formar el genio histórico de Alemania.

Este desarrollo desenfrenado del yo, lo comprueba en los pueblos más distintos : daneses, españoles, celtas, galos. (*Invasión*, etc., pág. 145.)

(1) ZELLER, *Historia de Francia*, tomo IV, página 140.

ria. Las gildas o corporaciones fueron conocidas también de los germánicos. En el terreno pantanoso entre el Iser y el Escalda, tuvieron el acicate de la necesidad de defenderse del mar omnipresente para vivir (1) y surgieron las brillantes comunas flamencas.

La comuna exigía un conjunto de personas y eso supone un grado mayor de evolución; en cambio, para la prepotencia del feudal bastaba un solo brazo fuerte.

Donde éste se levanta hay un señor y a su alrededor vasallos; la comuna es un momento posterior del proceso : la aparición y la formación de otras individualidades coligadas que vencen y suplantan a los señores.

Instituciones infortunadas las que infantó este régimen feudal. Han soportado las detracciones más violentas, las protestas más

(1) Fierens Gevaert, *Psychologie d'une ville.*

ardientes : se ha hecho de ellas el símbolo de la tiranía, de la opresión más odiosa del hombre por el hombre, de la preeminencia más irritante del privilegio personal.

Michelet, genio de poeta y naturaleza polemista, ha lanzado con grande elocuencia sus invectivas contra la Edad media. Estado prodigiosamente artificial, la Edad media, ha dicho, no tiene más argumento en su favor que su extrema duración. Nada fué más difícil matar que la Edad media, porque estaba muerta desde hacía siglos.

Para ser muerto es necesario vivir (1). Ninguna sociedad ha dejado más odio que el mundo feudal, más rabia en el pueblo. De la esclavitud a la servidumbre el progreso es sensible, pero la feudalidad fué insolente, llena de burla y de desdén (2).

La filosofía precursora de la Revolución

(1) MICHELET, *Renaissance*, página 9.

(2) MICHELET, *Origines du droit*, página 35.

francesa ha creado ese juicio, que ha penetrado hondamente en nuestro sistema mental y que ha concluído por trascender como un sentimiento. La habitual requisitoria cobra brios siempre nuevos y acentos siempre férvidos en la boca de los revolucionarios, de los apasionados reformadores, de los apologistas de la libertad en su sentido metafísico y lírico.

Fué la bandera de las clases medias, y naturalmente el sentimiento de la edad contemporánea, que es su obra.

Procediendo de sus enemigos fuera injusto subscribir la condenación sin examen.

El apóstrofe de Michelet excluye, por cierto, la alta Edad media, aunque la ambición de sus palabras pareciera abarcarla.

Los cantos de Rolando, dice, no datan por cierto de una edad de servidumbre, sino de una edad de vida, de libertad, de la edad de la defensa, de la edad que resistió, levantó los asilos de la resistencia y salvó a Europa

de las invasiones normanda, húngara y sarracena (1).

En el contrato feudal las partes tienen títulos igual, el señor y el vasallo.

El hombre de la torre llama al transeunte y le dice : «Quédate y defendámonos. Te confío desde hoy este puente, esta garganta del valle, mi puerta, mi mujer y mis hijos.» El transeunte le responde : «Me doy a tí, en la vida y en la muerte.» Se abrazaron y comieron en la misma mesa.

Tal es la Edad media que Michelet respeta. Pues bien, ¿conocéis otra Edad media?

Michelet condena la de los siglos XII y XIII, la de las abdicaciones sucesivas de la independencia humana, la de la proscripción de la naturaleza : la Edad media monástica que formó un «mundo de idiotas». El zonzo es una creación de aquella época, nacido de las escuelas del vacío y de la suficiencia escolás-

(1) *Renaissance*, página 21.

tica que se hincha de palabras, se alimenta de viento.

La visión de Michelet peca de parcial : no ve sino a Francia y solamente la escolástica y las disputas nominalistas.

Olvida de Italia, que ignoró la escolástica ; de Flandes, donde las comunas trabajaban activamente por fundar una civilización material próspera, que producirá la pintura realista de Van Eyck.

Olvida que en Germania se han establecido en el siglo XIII las hansas comerciales ; que en la misma Francia crecen todos los días las ferias de la Champaña, donde ocurren mercaderes de los puntos más distantes de Europa, y que en toda la extensión del continente germina el esfuerzo de la burguesía por desplazar a la nobleza, por conquistar libertades, e inicia la investigación de la naturaleza.

La universidad de París, la discusión de realistas y nominalistas, el reinado de la teo-

logía y de la Iglesia han reemplazado, a los ojos de Michelet, el espectáculo total de la vida europea, y su juicio, en vez de ser el juicio de un historiador, es el alegato apasionado y elocuente de un sectario.

En esos tres siglos justamente se engendra, elabora y llega a su fin la evolución burguesa — la prudencia burguesa, que dice despectivamente Michelet — pero que es hermana de la paz pública, la riqueza y la vuelta a la naturaleza.

No han sido estériles, sino profundamente creadores, puesto que prepararon la Edad moderna, es decir, el Renacimiento, la formación de las nacionalidades, la centralización política, la filosofía racionalista, el arte realista y el siglo de oro de las literaturas.

Este libro aspira a mostrar el descubrimiento de América como una consecuencia de las transformaciones sociales y económicas de los siglos XIV y XV.

Todas las instituciones sociales fueron más

humanas en la Edad media que en la antigüedad, ha dicho tan concienzudo investigador como Schmoller (1).

El odio entre el rico y el pobre no ha tenido a partir del siglo IV antes de Cristo, la misma violencia que en la antigüedad. Aun el radicalismo social más extremo de nuestros días es infinitamente menos bárbaro que el de la antigüedad.

La ciudades que necesitan población, otorgan a los hombres la libertad personal, y ello impide la opresión de los paisanos.

La economía monetaria, que empieza sucediendo a la economía natural, permite a los siervos libertarse de cargas por medio del dinero.

La grande propiedad, los feudos, fueron la expresión de un progreso económico en la organización y en la división del trabajo. La grande propiedad no fué la que creó la no-

(1) *Économie politique*, tomo V, página 113.

bleza, sino que fueron las obras realizadas por la nobleza las que crearon la grande propiedad y el régimen feudal, que es su fórmula : la fórmula que responde al desarrollo moral e intelectual del hombre de entonces, de su situación económica, al fin político de la sociedad.

No es sino en el siglo XIII cuando la profesión y la fortuna dividen la población en patriciado y burguesía y hace la organización monetaria que despierta la avidez de la riqueza.

Antes de entonces el noble no buscaba la riqueza, sino el poder.

Encendió además aquel régimen el culto de Dios y la mujer en sus formas más espontáneas y más bellas, y él sigue siendo una fuerza moral de nuestra edad.

Debió ser, en efecto, el feudalismo un ambiente único para la aparición de facultades líricas, un bello momento para el alma humana, exaltada, afinada por la preocupación

de esperanzas extrahumanas, sin urgencias prácticas, sin tiranías metódicas.

Iba a la guerra privada el señor no sólo por el botín, sino por el honor; fué hacia el misterio infinito del Oriente por un frenesí puramente espiritual. Era su meta, no el triunfo sino la guerra; no la posesión, sino el amor: no la cosa ni el buen éxito, sino el brillo de su divisa, la tiesura de su busto, la honradez de sus golpes en las justas, la frescura de las imágenes, las cortesanías del giro en sus canciones y baladas (1).

Suscita imágenes que historian esas ideas: el castillo abrupto y aherrojado, en cuya alta torre ora y medita el señor fiero y devoto; los glebarios que en larga procesión van por las mañanas a las cuadras del castillo a entre-

(1) Nada hay tan expresivo como la leyenda de la *Princesa lejana*, de Jaufre Rudel, que ve por primera vez, ya moribunda, a su amado. La idealidad de la princesa lejana es un motivo constante de las canciones.

gar el diezmo que deben a su señor. El sol mañanero bruñe las armaduras, dora las dalmáticas vistosas y las gualdrapas de los torneos ; se oye el ruido de los arreos de los palafrenes, las exclamaciones de los escuderos que los aprestan y ensayan proezas. Arriba, desde su torrecilla, asoma su ojo desvelado el astrólogo del castillo, que ha seguido toda la noche el curso de una estrella enigmática para responder a una consulta ansiosa del castellano en vísperas de una empresa.

De esa sociedad, por el puente levadizo de ese castillo, han salido los trovadores que fundaron una época literaria, colorearon un régimen social y perpetuaron en la hora de su declinación melancólica y suntuosa, con los juegos florales, con sus Cortes de amor, con su *joi* — la ciencia ritual de la cortesía — el entusiasmo, la alegría del alma meridional, amorosa, cálida, libre, armoniosa, también burlona pero inextinguible.

Fueron los trovadores y su poesía un pro-

ducto feudal. Muchos de ellos y principalmente los primeros eran grandes señores y durante su período más brillante ha sido siempre aristocrática.

Rudel era príncipe de Blaye. Entre los trovadores, Anglade cuenta cinco reyes, diez condes, cinco marqueses y un sinnúmero de vizcondes, entre ellos Bertrand de Born. La época brillante de la nobleza fué la de los trovadores, y su poesía se desarrolló solamente en los países feudales: sur de Francia, España y en Italia en el ambiente de los principados (1).

Debemos sobre todo al feudalismo las Cruzadas, puesto que le pertenecen su inspiración y su brazo. Reflejan las Cruzadas sintéticamente el alma feudal, férrea y mística, que se exalta en la ruda soledad del castillo macizo y pétreo, entre una tarde de pillaje y una noche de devoción y de exorcismos.

(1) Anglade, *Troubadours*, página 26.

Y las Cruzadas señalaban una etapa entre las transformaciones cíclicas de la historia humana. Nacida la civilización en el Oriente, da su flor en Grecia y su fruto en Roma. Para renovar su savia empobrecida, necesita la sangre de los germanos, peregrinos también de Oriente y el nuevo bautismo que le dieron las Cruzadas.

Como la Invasión, las Cruzadas tuvieron una larga y lenta preparación. Apenas convertidos los bárbaros, impulsados por el entusiasmo enérgico de una nueva fe en almas primitivas, buscaron instintivamente la tierra consagrada por el drama de Cristo y las peregrinaciones se sucedieron, sin interrupción, desde los primeros siglos.

Los eremitas desde el siglo III al siglo VIII iban a renovar su meditación al monte de los Olivos. Los barones perseguían en el largo camino la expiación de sus pecados (1). El

(1) MICHAUD, *Las cruzadas*, página 18.

ardor de la devoción había ya arrastrado muchedumbres, antes de la predicación de las Cruzadas.

Cuando Urbano convocó al gran Sínodo de Clermont de Auvernia, Europa había recibido ya noticias abundantes del Oriente y el camino estaba abierto y las relaciones establecidas.

La congoja mística que experimentó Europa al aproximarse el año 1000 aumentó considerablemente las peregrinaciones.

Las persecuciones, los ultrajes, las conquistas rápidas de los turcos decidieron por fin a Alejo Conmeno a pedir el auxilio del Occidente que inflamó las Cruzadas.

Aunque fueron ellas la empresa mayor del feudalismo, se realizaba cuando la fe que las animó comenzaba a declinar, cuando el cristianismo había dejado de ser un simple culto para disciplinarse como teoría política y como misión conquistadora.

Esta orientación se acusa en la segunda

cruzada. Con la primera que encabezaron feudales y no monarcas como las sucesivas, se cierra el ciclo de la difusión del cristianismo.

Cuando la fuerza interior de los sentimientos se debilita, el espíritu aspira a convalecerlos con manifestaciones exteriores que den la ilusión de un equilibrio que se ha vuelto imposible.

Dos fueron las consecuencias de las Cruzadas que operaron la transformación : el conocimiento del Oriente y el conocimiento que Europa hizo de sí misma.

Comenzaron por hacer conocer a los europeos entre sí.

La turba de los peregrinos que se reunían para las primeras Cruzadas, dice Michaud, presentaba una mezcla confusa y extraña de todas las clases y condiciones, y entre ellos se distinguía una multitud que había partido de las islas del océano. Estos guerreros excitaban la curiosidad y las sor-

presas con sus trajes y armas nunca vistos. Hablaban una lengua que nadie comprendía y para explicar que venían a defender los intereses de la cruz, alzaban dos dedos formando este signo sagrado. Familias y aldeas enteras partían hacia Palestina arrebatados por su ejemplo y por el entusiasmo general, y llevando consigo sus humildes penates, sus provisiones, sus muebles y utensilios. Los más pobres iban desprevenidos, creídos de que el Dios que alimentaba las aves no dejaría morir de hambre a los peregrinos que llevaban la cruz; su ignorancia aumentaba la ilusión que daba un aspecto de encantamiento o de prodigio a cuanto veían y creían sin cesar que habían llegado al término de su peregrinación. Los hijos de los aldeanos preguntaban, al ver sobre alguna eminencia, una ciudad o castillo si estaba allí Jerusalén. Muchos grandes señores que habían pasado su vida en sus moradas rústicas y sabían tanto como sus vasallos, llevaban

consigo sus utensilios de caza y pesca y marchaban precedidos de una jauría, llevando en su mano un halcón, pues esperaban llegar a Jerusalén sin obstáculo y mostrar al Oriente el lujo de sus castillos.

Después suscitaron naturalmente el comercio y la navegación : con motivo de ellas se realizan las primeras expediciones marítimas y nace la arquitectura naval, cuyas reglas, como signo de la transición, ocupan capítulos de libros místicos.

Las expensas enormes necesarias para el transporte de millares de peregrinos arruinaron a los feudales y sus largas ausencias fortalecieron las comunas.

Pero la consecuencia mayor de las cruzadas fué la apertura del comercio, la aparición de productos y manufacturas desconocidas (1)

(1) No es que antes de Godofredo de Bouillon no hubiera comercio con el Levante y que por detrás de la partida de Felipe Augusto o Ricardo surgieran por ensalmo las cartas forales que organizaron los mu-

que deslumbraron la aristocracia y debilitaron su fibra, enriqueciendo la burguesía naciente (1).

Las cruzadas causaban así la destrucción del feudalismo ; la obra encerraba el germen de muerte del artífice.

El comercio, con todas sus manifestaciones, se engrandecía al amparo de la multiplicación de comunicaciones.

Quedaban suprimidas las barreras demasiado cerradas dentro de cuya temperatura se habían desenvuelto los sentimientos poéticos y bravíos, flores de leyenda, admirablemente

nicipios. Los puertos de Italia y Barcelona comerciaban desde tiempo atrás con el Asia y antes del siglo XI la tradición romana del municipio, que hemos dicho, nunca se extinguió, se reanimaba con visible vitalidad (BOCCARDO, *Hist. del Com.*, pág. 156). Sobre las importaciones de las cruzadas, y establecimientos comerciales que hicieron (*Idem*, pág. 169 ; S. DE SISMONDI, *Hist. de las rep. italianas*, t. IV ; CONRADO, *Commercio na Historia).*

(1) Michaud citado, libro IV, *in fine*.

propicias para la inspiración y el ensueño, de los castillos, de la caballería, de los trovadores.

Las comunicaciones tienden a establecer por primera vez una atmósfera social europea. No es necesario ya que cada pueblo busque satisfacer todos sus consumos, porque el intercambio provoca la división del trabajo.

El enriquecimiento de las clases más numerosas aumenta extraordinariamente el consumo.

A este despertar económico, concomitante con el fortalecimiento de las comunas, sucede una difusión de nociones y la avidez de conocimientos.

Era este movimiento intelectual fruto lógico del mayor dominio del hombre sobre el medio, y de la multiplicación de estímulos de su curiosidad y sus deseos.

Colaboró en esta acción el contacto alcanzado con la sabia civilización árabe, en Siria y en España, y eran sus manifestaciones los

concilios revolucionarios, las investigaciones físicas, la fundación de universidades que conspiran de consuno a cerrar la era feudal, de cuya acción no habrán de defenderse ya los castillos con sus almenas, sus fosos y puentes levadizos.

Merece mención especial la civilización esporádica de las dos Sicilias bajo los Hoenstaufen, bajo Federico II.

Atrajo a su corte árabes y griegos sabios, como aquel maestro Teodoros, que fué el canciller filosófico del emperador, y que redactaba la correspondencia árabe del amo con los sultanes del Cairo, o de Marruecos; matemáticos como Leonardo Finobacci, el primer algebrista cristiano; trovadores y rabinos que traían el recuerdo de un país donde la civilización caballeresca se había acomodado con la indiferencia religiosa.

Lo que caracteriza sobre todo la renovación intelectual dirigida por los Hoenstaufen es el predominio de la cultura árabe.

El movimiento de libre examen inaugurado en Bagdad en el siglo VIII había pasado a España con la dinastía de las omniadas.

Habíase engrandecido en la escuela de Córdoba y encarnado durante el siglo XIII en Averroes, que la Iglesia marcó con el nombre de patriarca del ateísmo, filósofo del epicureísmo, de la indiferencia religiosa, del escepticismo elegante.

Los poetas, que suelen ser una información psicológica suprema sobre su época, reflejan la transformación. El trovador ha seguido como una luna el curso de la vida feudal. Primero fué toda el alma del castillo, su exaltación mística, su orgullo y su fiereza, su amor romancesco y rendido por las damas. El « canto de amor » fué su creación ; acendró en su acento toda la revolución sentimental y moral del cristianismo que había descubierto la mujer y se extasiaba ante su descubrimiento.

Nacieron Blancaflor, Florencia y Eglanti-

na, que después de siglos constelan todavía como flores virginales los ensueños de los quince años, y nació también la comparación prodigiosa de la rosa y de la mujer que devenía el lugar común de su literatura.

La poesía simple y sonriente de la alondra matinal, del ruiseñor de los madrigales, de la golondrina y de los árboles renacientes en la primavera, la pareja sentada junto a un río o una fuente, bajo los sotos, es más antigua que el poderío de los Austria, que la gloria de Isabel de Inglaterra.

Cuando la transformación sobrevino, el trovador habla con tristeza de la felicidad antigua, se queja de las nuevas costumbres.

En las complantas de Rutebeuf — siglo XIII — los corazones están llenos de amargura, de rabia, de envidia. No se hace servicios sino por interés ; ha desaparecido la franqueza, la fe disminuye, se traman proyectos de nuevas cruzadas, por las noches, al final de las comidas, y se olvidan a la mañana siguiente.

Puisque justice cloche et droit penche et s'incline
Et loyauté chancèle et verité décline
Et charité froidit et foi se perd et manque
Je dis que n'a le monde fondement ni racine.

El suspiro por un pasado mejor, la tristeza de los días presentes, las quejas contra el materialismo y la torpeza de los contemporáneos, el caer en cuenta en la brevedad de la vida, son formas que asume en el alma de los poetas la inquietud esencial del espíritu, sobre todo en las horas suspensas y turbadas en las que los sentimientos de toda una época, como en una estación de la naturaleza, se marchitan y mueren imperiosamente.

Graves, solemnes, dolorosas transformaciones que resuenan y se prolongan en la sensibilidad de los poetas.

Pobres menestreles aquellos para quienes fingían el final de una edad de oro la aparición y el triunfo del burgués, — el advenedizo de sus sátiras y de sus complantas — y que ignoraban que de la prudencia, de la lucidez

ordenada, de la discreción, del cosmopolitismo, de la incredulidad, de la astucia afable del burgués nacerían la democracia, la industria, la riqueza, las ciencias positivas que son la fuerza y el orgullo de la vida moderna. Su crepúsculo era una aurora.

Tomaron, sin embargo, la venganza — la venganza dulce para los espíritus sensibles y ricos pero inaptos para la vida, cuando el poderoso los posterga, los deprime o los humilla. Los tensones y los serventecios de los trovadores clavaban el dardo leve pero hiriente de una burla, de una ironía, de una sonrisa maligna — sin amargura, sin veneno, — la gracia picaresca de los *fabliaux* que en Francia asciende a la gran risa de Rabelais, que hace con el ridículo la más profunda y amable filosofía de la vida.

II

ITALIA EN LA EDAD MEDIA

Italia, las cruzadas y el feudalismo — Italia centro de una nueva civilización. — La ciudad y la comuna italianas. — La burguesía y su triunfo sobre la nobleza. — La oligarquía de los mercaderes y de los *condottieros*. — Consecuencias en la psicología personal y social. — La lucha de familias : su explicación. — La facción italiana. — Tradición bizantina. — Los ideales de la conducta en la transformación burguesa. — Los medios de la lucha. — La venta de ciudades. — Juana de Nápoles y Luis el Grande de Hungría. — César Borgia, modelo de un estado social. — Francisco de Carrara. — Psicología italiana del siglo xv, según Taine. — Defecto de su juicio. — Es más bien el de la Europa feudal. — Inglaterra del siglo xvi. — Retrato por Macaulay, de la Italia de Maquiavelo.

Había en Europa un pueblo destinado a aprovechar en primer término y a servir de centro de la nueva y grande transformación que descoronaba el feudalismo. Era precisa-

mente el que menos había contribuído a realizarla. Las cruzadas habían sido uno de los mejores instrumentos de la destrucción, y las ciudades italianas no se habían sentido en ningún momento contagiadas de su fiero entusiasmo. La locura ascética de los legionarios de Godofredo no perturbó el cálculo de los venecianos y genoveses, que exigían buena paga por el transporte de los peregrinos, y que para buscar su expansión comercial les era indiferente tierra de infieles o de cristianos. « *Siamo venetiani, poi cristiani* » (1).

Y había contribuído el que menos a las cruzadas, porque fué el menos penetrado por la invasión y porque conservó las tradiciones de su paganismo. Mientras los bárbaros tomaron el tercio de su suelo, expropiaron dos tercios de Galia (2) e Hispania y el total de Bretaña.

(1) Ver *Crónica de Villehardouin. Prise de Zara.*

(2) Montesquieu (*Esprit des lois*, lib. XXX, cap.

Participó menos que ninguno de las instituciones feudales, en consecuencia: caballería, servidumbres, a la inversa de otros pueblos donde ningún resto de la antigua sociedad obstaculizaba el movimiento natural del genio bárbaro (1). Debemos exceptuar el sur de la península, donde se instaló el feudo normando, y luego el sarraceno, lo que hizo a la baja Italia diversa de la del norte.

Tuvo, en cambio de su escaso feudalismo, más vida municipal que otra ninguna nación de Occidente, no sólo por la raigambre romana, siempre viva en las costumbres y la tradición, sino por la disposición de su suelo peninsular, a la manera y por idéntica causa que Grecia, caracterizada por la fuerza y el esplendor de sus pequeñas ciudades.

El comercio nació naturalmente por su pro-

8 y 9) explica el hecho por la distinta calidad de la tierra y la diversa índole de los pueblos, pastor el borgoñón, cultivador el romano.

(3) E. Gebhart, *Italie mystique*, página 20.

pia posición, que la hacía intermediaria forzosa entre el Oriente proveedor y el Occidente anarquizado.

Consecutivo a ese destino fué el gusto y la práctica de la navegación, el deseo de lucro perteneciente, la resistencia al idealismo feudal por su débil germanización y esencial paganismo.

Estas fuerzas desarrollaron una nueva civilización, de la que Italia será numen y motor, orquestada por los sentimientos en que finca su abolengo el alma moderna. Será el centro de nuevas irradiaciones, la causa de espectáculos olvidados en Occidente desde la caída del Imperio, el ambiente donde se desplegarán estímulos, pasiones, ideas que animarán el comercio, la erudición, el lujo, las codicias, el amor a los placeres, la democracia. Después de un eclipse de siglos despertaron las facultades positivas y sensuales, el espíritu crítico, el escepticismo, el culto de la forma.

La ciudad italiana fundó políticamente la comuna y la clase burguesa, económicamente el comercio y el mercado internacional y la extensión geográfica, intelectualmente el Renacimiento.

El interés de la historia de Italia medieval es el del proceso genético de la sociedad actual y el descubrimiento de nuestro continente es un desenvolvimiento de esa misma historia.

Débil en Italia el feudalismo aun en su siglo de oro, no quedaban de él sino restos a fines del siglo XIII.

La ciudad debía extinguirlo.

Antes del siglo X, con la protección de Othón I, la mayor parte de las ciudades se habían dado un gobierno municipal de origen popular.

Los emperadores, bajo cuyo dominio cayó Italia precisamente por las rivalidades que despierta el espíritu comunal, fomentaron la construcción de muros y fortalezas y la erec-

ción de municipios para economizarse la defensa que debían hacer de su conquista contra las amenazas de los húngaros por el naciente y las incursiones de los sarracenos instalados en Sicilia.

Es un origen semejante al que tuvo en España, pero el carácter que revistió en uno y otro país es absolutamente diverso; desde luego el municipio romano sobrevivió en Italia en forma evidente y vivaz, como lo demuestran el mantenimiento de sus funciones y aun de las fórmulas jurídicas y su fuerza fué incomparablemente mayor (1).

La ciudad adquiere así el sentimiento de su importancia, que acrecen las luchas entre el papado y el imperio, en las que cada beligerante busca su adhesión.

El comercio, que se extiende cada día y al-

(1) Cantú, libro XI, capítulo XVII. El régimen comunal fué internacional en la Edad media pero su evolución no fué uniforme en los diversos países.

canza el interior del Asia, hace la prosperidad inaudita de Amalfi primero, después de Pisa, Génova y Venecia.

El comercio infanta una oligarquía calculadora y hábil, menos decorativa que la noble: la burguesía, que gobernará las pequeñas y múltiples repúblicas italianas.

A fines del siglo XIII no admitieron más magistrados que los mercaderes. Los priores en Florencia debían pertenecer a un oficio o arte y ejercerlo personalmente. Los nueve señores de Siena debían ser mercaderes. Lo mismo en Pistoia, Módena, Bolonia, Padua, Brescia, Pisa y Génova.

Pero la destrucción de la nobleza por la burguesía y su suplantación en el gobierno no fué obra breve sino el final de un largo duelo, lleno de peripecias, en el que los combatientes agotaron sus mejores y más variadas armas.

Fueron escasas las alternativas favorables a los nobles.

Era verdad que representaban la tradición y que sus antepasados habían sostenido en sus castillos sitios de meses con las tropas del emperador y que otros habían sido arrasados por Federico Barbarroja, y que los burgueses dependían, más que de sus magistrados, del sultán que reina en Alejandría o conquista San Juan de Acre, o del emperador de Bizancio, a cuya protección han confiado sus factorías.

Pero precisamente esas factorías eran su fuerza: una fuerza ágil, en movimiento, elástica, ambiciosa.

No tenían castillos, pero eran los amos de sus moradores, porque proveían a sus necesidades y a su lujo. Les pertenecían las galeras que se colmaban, ora de especias de Oriente o de telas de norte, ora de soldados, es decir, que servían de instrumento de la riqueza y de la fuerza de sus ciudades (1).

(1) S. DE SISMONDI, *Historia*, tomo III, página 100.

A fines del siglo XIII la disputa está concluída.

La nobleza estará fundada, en adelante, no en el abolengo, sino en las ganancias del comercio, como las de los Albizzi, los Médici, o los Fregoso, o el poder de los *condottieros,* como las de los Visconti, Carrara o Sforza.

El curso de la lucha no es uniforme: Florencia es democrática desde los primeros siglos y Venecia aristocrática hasta muy tarde; pero en todas partes se ha llegado al establecimiento de la administración de las ciudades por ellas mismas.

En este siglo XIII ha comenzado la emancipación de Italia del poder del imperio germánico, después de la muerte de Federico II. Luego vendrán los reyes que limitan su señorío al derecho de coronarse en Milán y en Roma.

El triunfo de la burguesía ha demostrado el valor de la habilidad, del cálculo para prevalecer y dominar. La enseñanza penetra por

los sentidos y dirige en adelante la conducta.

Las posiciones se conquistan por la audacia o la inteligencia. Se es poderoso por sí mismo.

Sabiendo que está en las manos la llave de la fortuna, las ambiciones y los deseos se sobreexcitan. Para satisfacerlos están abiertas todas las vías. La rivalidad no es ya entre nobles, es decir, entre los miembros de una clase reducida elegida el azar.

Son muchos ahora los que en la carrera pueden llegar los primeros.

La emulación se ha despertado en todas las clases y se ha contagiado a las ciudades.

Las pasiones y los sentimientos han sido libertados de los frenos que en las monarquías o en los estados con largas tradiciones sedimentadas, los traban, los encauzan o disciplinan.

El comercio ha dado pábulo a esta feria de la sensibilidad : ha multiplicado los objetos de los deseos y excitado la carrera para satisfacerlos.

Ha impreso al mismo tiempo al espíritu los giros pertinentes al empleo ordinario de la vida en la discusión de los precios, en la busca de las mercaderías, en el encuentro del comprador, para todo lo que el comerciante hace forzosamente la más sutil observación de las flaquezas humanas y el aprendizaje de la destreza para aprovecharse de ellas.

La práctica comercial que hizo Italia desde los primeros siglos privó a su carácter de ascetismo y de grandeza, pero le dió en cambio un sentido alerta y vivo para ver y conocer, el arte de penetrar las reservas ajenas y de dominarse oportunamente a sí mismo.

El italiano fué astuto, disimulado, calculador, sin sensiblerías enfermizas ni entusiasmos excesivos, porque son peligrosos..

La turbulencia de su activa vida pública contribuyó a fijar su carácter.

Las luchas de ciudades, de facciones, de familias son siempre las más tenaces y enconadas, y tal fué la forma que asumieron

las revoluciones italianas de la Edad media.

Por lo mismo que carece de universalidad e idealismo no son guerras externas o religiosas las que la agitan sino más pequeñas, pero más envenenadas, menos sangrientas pero menos decisivas.

Es notoria la particularidad italiana de las luchas de familias. No solamente la vida política sino social estaba dirigida por sentimientos familiares. Alrededor de nombres se distribuían los habitantes de un estado y se los seguía como a una bandera de combate, que no dividían meramente las ideas, sino que sellaban las existencias, comprometían las pasiones más férvidas en su defensa y separaban irreconciliablemente a hombres de la misma raza, del mismo dialecto, de la misma ciudad.

En Florencia lucharon por siglos las familias rivales Uberti, Buondelmonti, Donati y Cerchi, los Albizzi, Strozzi, los Médici ; en Bolonia, los Giremei y Lambertazzi ; en Pis-

toia, los Paciantichi y Cancelliere; en Pisa, los Bergolini y Raspanti, los Tolomei y Salimbeni; en Génova demagógica, los Adorni, Fregoso, Doria, Spinola, Fieschi; en Asi, los Iznardi y Gottuari.

La ciudad se identificaba con la suerte de la familia; una querella privada encendía guerras que continuaban por lustros.

Un Buondelmonti, en esponsales con una Amidei, en Florencia, faltó a su promesa, seducido por una Donati, amiga de los Uberti. Sólo la muerte del ofensor podía redimir de la ofensa, y en la mañana de Pascua, cuenta Sismondi, fué muerto al pie de la estatua Marte, protector de Florencia pagana. De este episodio surgieron revoluciones que renovadas durante treinta y tres años, sin decidirse, concluyeron con la expulsión de todo un partido.

El idilio infortunado de dos jóvenes de familias enemigas de Bolonia — Imelda Giremei y Orlando Lambertazzi (1273) — tuvo con-

secuencias de guerra social. La historia de amor de Santiago Valence y Constancia Yagnone d'Argola causó la emigración de todos los estudiantes de la universidad de Bolonia.

En Pistoia dos familias se habían puesto a la cabeza de las facciones : los Canceliere güelfos y los Panciatichi gibelinos. Durante todo el siglo combatieron furiosamente.

Romeo y Julieta, son, pues, el símbolo de una edad.

¿ Qué fuerzas han podido crear esta organización familiar tan exclusiva del estado y de la vida social ?

Los historiadores la atribuyen a la responsabilidad penal colectiva que identificaba al ofensor y al ofendido con los miembros de su familia y de su grupo, fenómeno común en la vida de las tribus.

La explicación no es satisfactoria porque no muestra la causa de esa responsabilidad colectiva.

La familia y el estado son, sin duda, enti-

dades correlativas. Tarde ha buscado la explicación de las formas de gobierno en el tipo de familia del pueblo correspondiente (1).

El estado es la autoridad sobre un grupo de familias. En las sociedades modernas, las familias han perdido su autonomía y sus fronteras se han confundido; pero en un gran parcelamiento de la población que se organiza en pequeños grupos autónomos, como en la Italia del siglo XIV, el estado desciende al límite cuantitativo mínimo que separa el gobierno social de la patria potestad: las familias no desaparecen como entidades indiferentes, se siente la influencia de su acción y nacen las hostilidades, en cuyas alternativas el gobierno está a merced de facciones familiares.

Puede crecer la población, multiplicarse las familias, pero el impulso de las luchas, de cu-

(1) TARDE, *Transformations du pouvoir*. Ver E. FAGUET, *Origines du droit français*, prólogo de Michelet.

yos bandos se han hecho bandera los nombres de los contendores originarios — y que prolongan los vínculos e intereses creados a su alrededor — se perpetúa por un tiempo ayudado por la propia ofuscación de los prejuicios, hasta que la cultura, la riqueza, la extensión del medio social concluyen por diluirlos y desvanecerlos.

Agreguemos que esas luchas avivan singularmente la combatividad, porque excitan la vanidad personal de los directores. Para la mayoría, para los secundadores tienen la ventaja de no exigir deliberación para hacer opinión y tomar puesto en la lucha, porque está representada por un emblema o por un símbolo, por el color de una bandera ondulante en lo alto de una aspillera o por los cuarteles de un escudo.

Es posible también que en las constantes vicisitudes del gobierno y en la formación facciosa de las opiniones, haya tradiciones romanas del imperio. Sabido es que en Bizancio, la

vida política no tenía otra cifra que la lucha encarnizada de « verdes » y « azules » en el hipódromo, que fué el asilo de las últimas libertades romanas (1); la libertad de pensar en el color de la casaca de los henioccos, los carreros del circo.

En toda la historia bizantina, dice Rambaud, el derecho es poca cosa y el hecho es todo. Y el hecho es, sobre todo, la usurpación pura y simple por el complot de palacio o de harén, por la insurrección de la plebe, por la revuelta militar.

Todo el mundo es bastante noble para pretender el imperio. León I había sido carnicero, Justino había venido a Constantinopla con los pies desnudos desde su aldea de la Ilirica, Miguel II y Basilio I, palafreneros.

Cambiando nombres, era el espectáculo de Italia.

(1) Alfredo Rambaud, *Histoire bizantine*, página 37.

Triunfante la burguesía por obra de osadía y sagacidad, no ignoraba que era necesario defender la conquista con esas mismas fuerzas.

Sabían los caudillos, las familias poderosas que estaban atisbados los centinelas de su poder por la hostilidad de sus rivales: los príncipes adventicios, sobre todo, hijos de una violencia o de una traición afortunadas, sabían que era necesario asegurar el trono todos los días y continuar siendo el faccioso más hábil para seguir llamándose señor.

La conspiración, el ardid, la emboscada, la felonía también son recursos ordinarios. Lo principal es la eficacia: la reserva prudente, la discreción que ahoga el entusiasmo, su condición más segura.

En los efímeros principados donde una larga tiranía comienza a fundar derechos hereditarios, los segundones, los bastardos, los lugartenientes, los generales favoritos urden las más pérfidas conspiraciones domésticas.

Es un ejemplo inagotable de riqueza dramática, la historia de las cuatro familias vecinas y rivales y amigas alternativamente de los Este, los Scalas, Carrara y Gonzaga.

Se conspira en todas partes, en las repúblicas libres de Toscana, en los principados del norte, en la marca Trevisana como en Génova o en Nápoles, con finales más o menos trágicos, con mayor o menor suceso.

Todos conspiran : los papas como los príncipes, los tribunos populares o jefes de facción vencida en inteligencia con los Visconti, con los dogos de Venecia o con el rey de Hungría y también el de Francia (1).

Si la conspiración no ha triunfado instantáneamente, hay tiempo para ofrecerse al mismo arzobispo Visconti en mejores condiciones. Entre las proposiciones puede contarse la venta de la propia ciudad a un aliado

(1) Ver casos MAQUIAVELO, *Historia*, tomo I, página 240; tomo II, página 93.

del enemigo o a una república que se haya mantenido neutral.

El arzobispo Visconti, señor de Milán, compró Bolonia, que era estado pontificio. Ante la intimación del papa Clemente, irritado por la usurpación, responde que defenderá su compra con la espada. Oleggio, lugarteniente de Visconti en Bolonia, la vendió a su turno a la iglesia. Arezzo y Sarzana se vendieron a Florencia, Gabriel María Visconti vendió Pisa a Florencia por 200.000 florines.

El veneno o una estocada segura — pero segura — son también buenos medios. Se los usa no por odio o por cólera, sino fríamente. A veces es un excelente acto de gobierno. Un ciudadano de Milán se queja ante Bernabé Visconti de la tiranía de su hermano Mateo, que ha deshonrado su casa. Bernabé refiere el hecho a su hermano Galeazzo, y el mismo día se sirven unas conchas venenosas, y Mateo es encontrado muerto en su lecho al día siguiente.

Luchino Visconti ha sido envenenado por su esposa, y Galeotto, señor de Faenza, asesinado también con la complicidad de su esposa, hija de Bentivoglio, señor de Bolonia, que ha de ensanchar así con ella su poder.

Juana, reina de Nápoles, que no es italiana, es, sin embargo, una figura de su siglo y de este país. Se deshizo de su esposo Andrés de Hungría de la misma manera. Luego ordenó el suplicio de sus cómplices, amordazados previamente, que ella presenció oculta en una empalizada.

Este suceso evoca el recuerdo de un personaje que atraviesa la historia de Italia como una fulguración y que permite medir toda la distancia a que se ha puesto este país de las organizaciones feudales de Europa. Es Luis de Hungría.

Ha venido al frente de la hosca y bárbara caballería de sus ejércitos innumerables arrastrado por un fiero sentimiento de venganza contra esa Juana que ha sacrificado su her-

mano Andrés. La reina le abandonó sus estados; pero como no quiere conquistas, Luis regresa a su país. En Aviñón el papa falla el pleito del trono de Nápoles manchado con la sangre de su hermano, reconociéndole derecho a cobrar indemnización por las expensas de la guerra, y Luis la renuncia.

Venecia retiene tierras de Dalmacia, que Luis pretende pertenecen a su corona; para recuperarlas sitia a Zara y asola el Treviso. Venecia se ve obligada a suplicar la paz. Firmaría el tratado que Luis redactara; así lo hace saber por sus embajadores. Luis contestó que no buscaba con la guerra sino las ciudades que habían sido arrancadas a sus antecesores y no botín ni dinero. No las aceptó, pues, y devolvió sus conquistas en el Treviso.

Era sin duda un estado del alma personal y social diverso del que acabamos de presentar en Italia.

Es el que Maquiavelo ha teorizado, no sin duda para formar con César Borgia un mo-

delo filosófico, sino el modelo humano en ese momento de la historia de su país.

Y debió serlo cuando los escrúpulos eran la más grave imprudencia, pues si no se envenenaba o masacraba, como lo hacía sabiamente ese desconcertante duque de Valentinois, se corría el riesgo de ser a la vuelta la víctima.

Bien veían pasar rápidamente a los más hábiles generales, príncipes, políticos de la grandeza al infortunio, del poder, de la riqueza y del imperio a la miseria, a la prisión vitalicia en lo alto de una torre, en la obscuridad del silo de un castillo, por la debilidad, la hesitación, la turbación de un solo instante en que triunfó el enemigo en acecho. Galeazzo Visconti, señor de Milán y de siete ciudades, murió como un simple soldado, abandonado y miserable.

Así también Francisco Carrara, príncipe de Mantua, tipo homêrico por la constancia de su adversidad y su fortaleza para desafiarla, ajusticiado con sus dos hijos en Venecia, des-

pués de una prisión que fué un suplicio mayor.

Sorprende que, no obstante su profundo interés dramático, este personaje no haya sido llevado al teatro.

Saccone de Tarlati, jefe gibelino en Toscana, agoniza. Tiene 96 años. Llama a su hijo ante su lecho y lo exhorta a asaltar el vecino Castillo de Gressa, aprovechando la confianza en que debía dejar a su dueño la espera de su muerte inminente. Juan Galeazzo Visconti llega al poder por una traición a su tío Bernabé, Caracalbo de Cremona masacrando a sus parientes y 60 de cortejo. Antonio Scala hace matar a su hermano por igual fin.

Y no hemos de repetir las hazañas conocidas del duque de Valentinois y de Castrucci Castracani.

Taine ha descripto en su *Filosofía del Arte* (1) el espectáculo de las ciudades ita-

(1) Tomo I, capítulo V, *Peinture d'Italie.*

lianas, la psicología de sus habitantes en el siglo xv.

Aunque ha mostrado las peculiaridades de Italia, que desarrollaron su cultura y le permitieron gustar la belleza instintivamente, ha olvidado una fundamental: su sentido y su aptitud para el comercio, su completo conocimiento y su temprana participación en la vida democrática.

Pero ha incorporado a aquéllas como condición explicativa del arte del Renacimiento y de la historia italianos, peculiar también de la época y del medio, la falta de una paz antigua, de una justicia exacta, de una policía vigilante lo que obligaba a cada uno hacer su propia defensa y por lo tanto a cultivar los músculos y la fuerza, lo que concluyó, como en Grecia, por desplegar al espectáculo y la admiración por los bellos cuerpos.

Esa necesidad habría hecho nacer un género especial de acción, impetuosa, irresistible, que va derecho, súbitamente a lo que hay

de más extremo : el combate, el asesinato, la sangre.

Como se vive en un gran peligro continuo y extremo, se está lleno de grandes ansiedades y de pasiones trágicas, y no ha de distraerse uno en analizar finalmente los matices de los sentimientos ; no se es curioso y tranquilamente crítico. Las emociones que dominan son grandes y simples. La vida y el diario de Benvenuto Cellini serían un documento característico. Puede ser considerado el personaje — agrega — como un compendio, en alto relieve, de las pasiones violentas, de las vidas temerarias, del genio espontáneo y generoso, de las ricas y peligrosas facultades que han hecho el Renacimiento en Italia y que asolando las sociedades han producido las artes. Lo que llama en él la atención — concluye — es el poder del resorte interior, el carácter enérgico y valiente, la vigorosa iniciativa, el hábito de los resoluciones repentinas y de los partidos extremos, la gran capa-

cidad para obrar y sufrir, la fuerza indomable del temperamento intacto (1).

Tal era el soberbio animal que las rudas costumbres de la Edad media habían alimentado y que la antigüedad de la paz han debilitado entre nosotros.

En las *Memorias* de Cellini — que es otro personaje típico que Taine exhibe — véis a los hombres tan belicosos, tan prontos al asesinato como soldados de aventuras. Los espectáculos diarios de Roma o sus alrededores son atroces : los castigos semejan los de una monarquía de Oriente.

Desde Taine se han repetido las palabras del pescador del Tíber en el proceso del asesinato del duque de Gandia por su hermano César Borgia : no creía que valiera la pena contar que vi aquella noche arrojar un cadáver al río, porque he visto más de cien en el

(1) *Philosophie de l'art*, tomo I, páginas 200 y 210.

mismo lugar sin que nadie se haya nunca preocupado de ello.

Parece esta pintura precisamente la de los países alimentados por las rudas costumbres de la Edad media en el resto de Europa y a las que hacen singular contraste los principados y comunas italianas.

La fuerza pristina, la espontaneidad fiera del bárbaro esplendía allende los Alpes, pero en las pequeñas ciudades comerciales, lujosas, sabias, que no guerreaban sino por medio de *condottieros*, la fibra estaba debilitada por las voluptuosidades del saber y del tráfico. La propia pintura de César Borgia, que Taine presenta como un símbolo, lo demuestra. Es el cuadro de la galería Borghese. Su fino talle está ajustado por pespunte de terciopelo negro; sus manos y su mirada son las de un gran señor. No trasciende grandes pasiones claras y fuertes, sino las complejas y maduras que la meditación y la fría ambición germinan.

Et le front large et pur sillonné d'un grand plis
Sans doute de projets formidables rempli.
Médite sous sa toque où frisonne une plume.
Elancée hors d'un nœud des rubis qui s'allume.

(Paul Verlaine.)

En ninguna parte la paz era menos insegura que en Italia: su comercio la exigía como su condición primordial.

Lankman, capellán de Federico III, que bajó a Italia en 1452 al encuentro de Eleonora de Portugal, su prometida, cuenta en sus memorias las penurias de los viajes en otros países que Italia, en los que era necesario prepararse todos los días para salvar la vida (1).

Fué sí su característica la susceptibilidad, la inquietud aguzada de los nervios, precisamente porque los instrumentos de la lucha no eran el ataque abierto, sino el veneno, la conspiración. la emboscada, los tres caminos que condujeron al triunfo a su arquetipo, casi

(1) Cantú, época XIII, capítulo XVII.

la definición de su tiempo : César Borgia.

Al pintar Taine el estado, un siglo más adelante todavía, de otro país, el más distinto y distante de Italia — la Inglaterra del siglo XVI — justifica la corrección que hacemos al juicio del maestro.

Para estar de acuerdo con su público, dice del teatro inglés, es necesario que muestre al héroe lanzado hasta el fin de su deseo, desenfrenado, casi loco, siempre en tumulto y envuelto en una tempestad de ideas que remolinean, a veces sacudido por alegrías impetuosas, lo más a menudo vecino del furor y de la locura, más fuerte, más ardiente, más abandonado. Entre estas pasiones fuertes nada falta. Es el hombre entero que se despliega, corazón, espíritu, cuerpo, sentidos, con las más nobles y finas de sus aspiraciones como con los más bestiales y salvajes de sus apetitos.

¿Contaré las hogueras, las estrangulaciones, los hombres separados de la horca, des-

ventrados, cortajeados, los músculos arrojados al fuego, las cabezas expuestas sobre los muros?

Nada de esto parecía extraordinario : los cronistas hablan sin indignarse y los condenados van tranquilamente al suplicio (1).

Tal es la Inglaterra del siglo XVI, pintada por Taine, y el cuadro pudiera repetirse para el resto de Europa, haciendo toda ella contraste con Italia, donde la astucia reemplazaba la fuerza, los *condottieros* a los guerreros, la paz a la anarquía, las fiestas cortesanas a los torneos sangrientos, la elegancia a la fiereza, el gusto de la belleza y el refinamiento a las pasiones bravías e ingenuas.

Nadie, me parece, ha visto tan claramente el alma italiana del Renacimiento y escrito con mayor elocuencia y color su retrato que Macaulay.

(1) *Littérature anglaise*, tomo II, páginas 14, 16 y 18, leer el capítulo.

Hombres, dice, cuyos pensamientos y palabras no guardan relación entre sí, que nunca vacilan en prestar un juramento para seducir y engañar mejor, cuyas crueldades tienen por principio no el fuego de la pasión o la demencia que produce el ejercicio de un poder sin límites, sino profundas, frías y calculadas combinaciones; cuyas pasiones como tropas veteranas y aguerridas son impetuosas por disciplina y nunca olvidan en lo más recio de la lucha la táctica a que se hallan sometidas; cuyos proyectos de ambición, por más vastos y complicados que sean, quedan ocultos siempre en la impenetrable calma de su semblante y en la serenidad de su lenguaje de singular moderación filosófica; cuyo corazón se halla devorado por el odio o la venganza, sin que por esos sus ojos dejen de mirar tranquilos y sus ademanes de ser afables y afectuosos; cuyos designios no se revelan sino después de ser realizados y cuyos rostros permanecen serenos y cuyos discur-

sos son corteses hasta el día en que la vigilancia se duerme o el adversario se descubre o se presenta la ocasión de hacer un tiro certero y entonces da el golpe único, primero y último a un tiempo.

Emprendedores y tímidos a la vez, tan hábiles para penetrar las reservas de los demás como para ocultar las propias, enemigos formidables como amigos poco seguros, más al propio tiempo de carácter benigno y justo y de inteligencia tan grande y sutil, que así les hacía eminente en la vida activa como contemplativa y tan aptos para gobernar la humanidad como para instruirla.

Igual juicio merece a Gebhart (1) el estutudio del arte del *quatrocento*, pues descubre en las figura de plena madurez que ese arte ha dejada el símbolo de una sociedad en la que la prudencia templaba la energía, en la que las pasiones más violentas de la vida pú-

(1) *Florence*, capítulos V, VI y VII.

blica sabían contar con la razón, que hacía a menudo buenas migas con la más sabia astucia.

Jamás el hombre ha sido más libre frente del mundo exterior, de la sociedad, de la Iglesia; pero jamás el hombre se ha poseído más plenamente a sí mismo.

III

LAS TRANSFORMACIONES BURGUESA Y PRINCIPESCA EN ITALIA

Triunfo de la burguesía. — La demagogia : los *ciompi* de Florencia. — Italia y el romanismo. — Influencia del romanismo en su función de laboratorio de la transformación del occidente. — Colas de Rienzi. — La familia italiana. — Las fiestas. — La desaparición de la libertad comunal. — Aparición de las dinastías. — La política de la *balanza*. — El ateísmo. — El individualismo. — La « Señoría ». — Las grandes « individualidades ». — El « naturalismo ». — Leonardo de Vinci.

El advenimiento de la burguesía es concomitante con una profunda transformación de la organización social, de los sentimientos, de la vida económica.

Sucedió, hemos dicho, al través de una serie de vicisitudes, las mismas o semejantes a

las que han experimentado en nuestro siglo, en igual trance, otras sociedades, mostrando todos los efectos de la vida democrática: los ardides de los partidos, la impudicia de los politicantes, el olvido durante la acción de los propósitos iniciales, las alianzas más inesperadas e ilógicas para asegurar los triunfos electorales.

Llegó su turno también a la demagogia. Maquiavelo recuerda el triunfo de la plebe ínfima de Florencia (los *ciompi*), que en 1382 llevó a la Señoría a Miguel de Lando, cardador de lanas. Una vez en el gobierno, exaltado demagogo, no pudo ir tan lejos como imponían las impaciencias de su bando, exacerbado por el triunfo. Fué el primero en resistirlas luego (1). ¡Cómo se repite el episodio florentino! La Francia de fines del siglo XVIII y la América latina anárquica del siglo XIX,

(1) *Obras históricas*, tomo I, páginas 139, 160, 170 a 190.

han podido aprender esta página llena de ironía para las ambiciones extremas y las promesas pomposas de los revolucionarios. Lando sería, sin duda, acusado de traición, con acritud mortal, atribuyéndose su conducta a las seducciones del poder. Apenas si hay riesgo mayor y gloria más dolorosa que aceptar el gobierno que surge de una revuelta. Los partidos se resisten a entregar la dirección a los hombres que encumbran, porque han visto en ese caso, nacer de sus manos el poder. Las exigencias de las facciones a sus propios jefes son el mayor obstáculo para el gobierno de las democracias turbulentas.

Pero no fué, hemos dicho, la aparición y el triunfo de la burguesía un hecho accidental y aislado, sino la manifestación de un desbordamiento efusivo y bullente de savia que alcanzó toda la vegetación humana, que prolongó sus ramas, hinchó sus venas, sonrió su floración y acabó su fruto en el Renacimiento: el comercio, la invención industrial, la perfec-

ción más libre de la visión estética, la originalidad más rica de la inteligencia, la abundancia y el desorden selváticos de la sensibilidad y de la pasión, inagotables y creadores.

Italia encarna la transformación del mundo occidental y es su laboratorio; ella viene desde muy atrás: procede en parte de su romanismo que la defendió del contagio de los bárbaros. Son muchas las pruebas.

Los comentarios de Irnerius en Bolonia, en el siglo XI, sobre el derecho justiniano y el renacimiento que produjeron de los estudios jurídicos, no son obra, por cierto, del «encuentro casual» de un ejemplar de las Pandectas en Amalfi, como se ha pretendido explicarlo con ligereza. Era ese renacimiento una concreción de tradiciones romanas, que se mantenían en las costumbres y en el genio, y que precipitaba la actividad creciente de Italia, que requería las soluciones jurídicas como necesidades prácticas.

Colas de Rienzi y su aventura imperial y

romántica, son el mayor testimonio de clasicismo romano.

Febricitante de inquietud y de ambición, soñó restablecer el dominio universal de Roma, renovando sus instituciones y su esplendor. Se llamó tribuno del pueblo, combatió la nobleza, extendió la influencia de la ciudad fuera de la península y estuvo a punto de dictar órdenes al mundo. El romance de Buller Lyton es una admirable evocación del hombre y de la aventura.

Esa presencia del antiguo espíritu romano tiene una prueba notable en la historia de la conspiración contra Galeazzo Sforza.

Lampugnani, Olgiati y Visconti — los confabulados — discípulos de un humanista, Nicolás Montano, hallábanse poseídos de un vago deseo de gloria y de empresas magnas en favor de la patria.

Cuando Olgiati subió al cadalso, exclamó: « Coraje : la muerte es amarga, pero la gloria será eterna. »

El ejemplo de Bruto obsediaba la imaginación de estos aspirantes al martirio por la libertad.

No era un político, sino un poeta, un pagano, este amigo de Petrarca que provenía de Cicerón y se asemejaba profundamente a él.

Esa propia tradición, sus contactos con los restos del imperio de Oriente, prepararon su cultura, que era al mismo tiempo una consecuencia de la riqueza que permite los ocios.

Italia conoció desde temprano el poder de la palabra, contraste singular con sus vecinos que sólo conocían el de la espada, y esto era un nuevo testimonio de su romanismo. El siglo XIII había visto a reyes abdicar sus tronos después de oir a predicadores.

San Francisco de Asís conoció esos triunfos. Fray Jacobo Bussalari destronó a los Beccaria con su sola predicación. Juan de Vicenzio proclamó la paz por toda la península y fué escuchado en Pagnara por 40.000 al-

mas. Jamás tan gran espectáculo llegó a desplegarse a los ojos de los hombres, dice Simonde de Sismondi (1).

Es que la paz era una necesidad más profunda en Italia que en otra parte cualquiera de Europa, porque los intereses son mayores y los sentimientos menos fieros. Las treguas eran frecuentes e impuestas por esa necesidad. Los jubileos pontificios señalaban también años de orden y de seguridad.

Las consecuencias de la evolución social producida por la burguesía, las comunas y el comercio se acentúan en el siglo XIV. Todavía en el precedente la organización de la familia recuerda la simplicidad que elogia Dante en el canto XV de su *Paraíso:* las proles son numerosas, los trajes groseros, la mesa sobria, el lujo ignorado.

A mediados del siglo XIII, en efecto, co-

(1) Leer su discurso en el tomo II, página 195, obra citada.

mienzan las primeras predicaciones contra el cambio de las costumbres. Hasta entonces el simple traje de lino y una tela blanca que se recoge bajo el cuello, no permitía distinciones entre las mujeres; las viandas eran comunes y un hachón resinoso alumbraba las habitaciones.

Las más elegantes damas llevaban un traje de grueso género escarlata, retenido por una cintura de metal y un manto con capuchón que cubría a voluntad la cabeza.

Se casaban siempre pasados los veinte años y sus dotes eran de 100 hasta 200 libras a lo más. « A pesar de su vida rústica y pobre, hacen cosas virtuosas y contribuyen al honor de su patria y de su casa más de lo que hacemos hoy que vivimos en más molicie », dice el cronista Villani. Son palabras ya de fines del siglo.

Las familias son numerosas y los hijos se adiestran en las armas.

Pero en el siglo siguiente, las riquezas acu-

muladas, la cultura renaciente propagan el lujo, el amor de las fiestas, la rivalidad en fausto de las cortes principescas que han sucedido a las comunas republicanas.

« Ha convertido cada cual su cuerpo y su mente en Dios », decía fray Francisco Pippino en 1313. Los mantos de las damas van guarnecidos de pedrerías y arrastran por el suelo. Cuesta cada uno 60 ducados de oro, y cada onza de perlas 10 florines. Llevan coronas, collares de ámbar y en la frente velos de seda. Es el Oriente trasplantado.

Leonardo de Vinci, que dirigió la fiesta nupcial de Juan Galeazzo Sforza con Isabel de Aragón, construyó para ella una máquina que figuraba el cielo con todos sus planetas, que giraban según las leyes celestes y en la que cada uno estaba representado por un músico que entonaba las alabanzas de los nuevos esposos.

Colas de Rienzi había desenvuelto su política de la restauración de la Roma « Señora

del mundo», en medio de un boato espléndido, de espectáculos y ceremonias en que vistió la dalmática de los emperadores.

Para el matrimonio de Beatriz de Este, la mujer de Visconti, mandó hacer vestidos nuevos a nueve mil personas (1). En los funerales de Juan Galeazzo Visconti, la procesión que se puso en marcha del castillo para ganar la iglesia metropolitana era tan larga que apenas le bastaron catorce horas para desfilar toda ella.

El ataúd era llevado por los principales señores extranjeros de alta jerarquía, bajo un baldaquino de brocado de oro, forrado de armiño.

La descripción de las fiestas con que se celebraron las bodas de Nannina Médici con Bernardo Rucellai o la de Lorenzo con Clarisa Orsini, ocuparía varias páginas (2).

(1) Cantú, capítulo XVI, tomo XIII.

(2) BIADI, *Vita privata dei fiorentini.*

El convite de aquéllos costó 150.000 liras.

La disciplina de la familia ha desaparecido: los jóvenes se emancipan en la primera juventud, por grado o por fuerza. La galantería y la licencia han ganado, no solamente las cortes, sino también la burguesía.

En 1372 muchos ciudadanos florentinos se reunieron en San Pedro Scheraggio, según Maquiavelo y el discurso que el historiador presta a uno de ellos, dice: « en las ciudades de Italia se reune todo lo que puede ser corrompido, todo lo que corrompe; la juventud ociosa, la vejez lasciva. Todo sexo y edad vive entregado a las más viciosas costumbres. De aquí nace la avaricia, la sed, no de verdadera gloria, sino de vituperable fama; de aquí los odios, las enemistades, los disgustos, los bandos, los homicidios, los destierros, la aflicción de los buenos, el engrandecimiento de los perversos... » (1).

(1) *Historias*, tomo I, página 139.

El lujo, el deseo de gozar y la desaparición de los frenos coincide con la difusión de la cultura. La tosca lengua del siglo XIII se ha pulido y amanerado, las letras griegas son enseñadas ante público numeroso y son objeto de predilecciones eruditas. Petrarca, almibarado y mediocre, es del siglo XIV. Luego Balaan y Leoncio Pilato.

Hipólita Sforza, hija del *condottiero*, pronunció ante un concurso de príncipes, y entre ellos Pío II, en un congreso de Mantua, un discurso en correcto latín.

Ya no se cultiva la lengua vulgar y los escritos han perdido en espontaneidad lo que han ganado en sabiduría; la poesía es endeble y emperifollada.

Ha desaparecido también el entusiasmo con que los burgueses impusieron a los nobles la libertad comunal, aunque alcanzaron a dar, con las riquezas acumuladas y el genio de sus hombres, un esplendor extraordinario a sus ciudades.

Las familas poderosas han comenzado a crear el derecho hereditario en el ejercicio del poder : los Este, los Bonaccorsi, en Mantua, los Scala, los Carrara. Hay ya reyes poderosos en Milán y pronto en Florencia, aunque sea otro el nombre que se atribuyan.

La « balanza » es el secreto y el norte de la política italiana, que traduce el esfuerzo para impedir que cualquier príncipe, elevándose sobre los demás, forme una sola monarquía. La inspiración de ese sistema es el testimonio de una grande mesura, de cautela, de gusto por la paz, como también de una sociedad sin entusiasmos y sin grandes ideales (1).

He presentado las líneas fundamentales del proceso que concluía en este siglo de oro, y que lo precursaba lógicamente : su tradición romana, su paz relativa, su débil impregnación bárbara, su posición geográfica.

(1) Sismondi, tomo III, página 289.

La tradición romana dió la fórmula del municipio y ayudó a encontrar su expresión a las necesidades y a las ambiciones que crearon las comunas italianas.

Desde el siglo XI al XIII las libertades comunales dieron acicate a la acción, fuerzas a las voluntades, ideales a las luchas y palacios a las ciudades.

Pero la misma tradición romana y escasa germanización — repitamos la frase, su esencial paganismo — había preparado desde temprano su descreimiento, su inopia metafísica.

En ninguna época se había difundido en tan grande extensión, como en la Italia del siglo XV, la negación de la idea de Dios.

Era una negación burlesca, no aconsejada por la inteligencia, sino sonreída por el sentimiento.

Los cuentistas italianos, — Franco Sacchetti, Giovanni el Florentino que forman legión — con la risa franca y ruidosa de sus cuentos, llenos de malicia, libres y casi siempre

licenciosos, muestran toda la profundidad de su desdén por el sacerdote, la monja, por el recato hipócrita de los burgueses, sobre todo por los milagros (1).

Aparte de la raíz pagana, el escepticismo era lógico en Italia, pues conoce todo el proceso del Cisma de Occidente, ha visto obrar a Sixto IV, a Inocencio VIII, complicados en confabulaciones políticas tan arteras como las de los otros, sabe que Clemente es un Médici y Eugenio IV un *condottiero* (2).

Hasta el fin del siglo XIII, al través de todas las vicisitudes de su fortuna política, los indomables gibelinos llevaron muy alto su incredulidad religiosa, quizá hasta un materialismo radical.

Boccacio, en su Decameron, dice que cuando las gentes veían pasar a Guido Cavalcanti

(1) *Les conteurs italiens*, 2° volumen, edición van Bever y Sansot Orland.

(2) GEBHART, *L'Italie mystique*, página 173.

con aire soñador por las calles de Florencia, «busca, decían, razones para probar que no hay Dios».

Sepan o no sepan, proceden de ese Averroes de que he hablado en el anterior capítulo.

Los pontífices usaron para los fines de su política los terribles recursos de su poder espiritual, la excomunión, la interdicción, la bula de cruzadas.

Alejandro IV predicó cruzada contra Eccelino, duque de la Marca Trevisana; otra se decretó contra la Gran Compañía. Inocencio III la había ya predicado contra Livonia, desligando de su juramento a los que debían ir a los Santos Lugares.

Cuando el gran pontífice Pío II, anciano, melancólico y sabio, exigió la cruzada necesaria contra los infieles que habían ya apoderádose de Constantinopla y que marchan amenazantes todos los días, los príncipes cristianos faltaron, sin discrepancias, a la cita.

Pío no se desanima y quiere dirigir con su mano desfalleciente la expedición imposible.

Las riquezas acumuladas y la paz correspondiente habían disuelto las costumbres en la voluptuosidad, en la molicie, también en el desenfreno. El relajamiento moral no ha alcanzado los términos de aquella época en ningún momento después de la decadencia romana (1). En carnaval era lícito a los religiosos participar de las alegrías y juerga durante las que recitaban juegos de ingenio, y a las monjas vestirse de hombre, con las calzas cerradas en las piernas y con la espada al flanco.

Con el establecimiento y el poderío de los principados han desaparecido, es claro, las autonomías comunales, aún en Florencia, que fuera la más democrática.

Venecia, Milán, Nápoles, Roma, la misma

(1) GIACOSA, *La vita privata nei castelli*, página 47; MAQUIAVELO, *Historias*, tomo I, página 159.

Florencia, son sedes de reyes y monarcas.

A las corporaciones, al movimiento gremial, a la burguesía que fué su expresión, ha sucedido una reacción individualista, de la que las señorías y principados fueron la fórmula política, el epicureísmo su dictado filosófico, la relajación de la disciplina familiar y el lujo su consecuencia social, el orgullo glorioso y fiero de sus pintores y escultores, su floración maravillosa.

Ya en este siglo no hablará el historiador de las luchas de las facciones populares por imponer la ley a los castellanos o para asegurar el podestado a favor de la burguesía, ni siquiera comentará la actividad y el fuego de las pasiones, el relato de las obscuras rivalidades de las familias enemigas. Durante siglos las empresas que acometen, la prosperidad que alcanzan, la arquitectura que sus ciudades revelan, el movimiento corporativo, son el esfuerzo de una clase social numerosa y solidaria por triunfar, por enriquecerse,

por fundar una civilización y disfrutar de ella.

En este momento el movimiento histórico está transformado.

A las comunas ha sucedido la señoría; la señoría, que concluirá en la realeza, ha dominado las ciudades libres circunvecinas, hace alianza con un monarca extranjero u otro de Italia, y la política se decide en adelante en las cortes. El más grande acontecimiento italiano del siglo, la invasión de Carlos VIII fué, en el fondo, obra de una intriga cortesana, de la que eran actoras Beatriz de Este, la ambiciosa esposa de Ludovico, el regente de Galeazzo Sforza, la de éste, Isabel de Aragón y Alfonsina de Orsini, la de Pedro de Médici.

La lucha de facciones y los enconos familiares traducen, por cierto, una estrecha organización que así solidarizaba sus miembros. En el siglo xv ha desaparecido la disciplina y la autoridad paterna.

Llevan ya un siglo las leyes que aspiran inútilmente a moderar el lujo.

Italia es, pues, ya otra cosa que el conjunto de las comunas enérgicas, bordoneantes de vida y de libertad del siglo XIII.

Los macizos palacios del podestá que se elige todos los años, el campanario que traduce en sones las palpitaciones de la ciudad — un atentado, un llamado a las armas y en algunas partes las sucesivas horas del reposo y del trabajo, — el mercado, las cinturas muradas que la aseguran, fueron los monumentos anónimos característicos de una edad de colectivismo y de solidaridad, porque estaban destinadas a servir a la colectividad entera.

Ahora es el palacio Pitti, el palacio Strozzi, el *Duomo,* y la Cartuja, que levanta Juan Galeazzo (1).

Pero no es el origen y el destino de la cons-

(1) Cantú, capítulo XXI, época XIII.

trucción la única diferencia, sino el molde y el estilo.

La arquitectura gótica, que no penetró sino tardía y esporádicamente en Italia, refleja la meditación sombría, la angustia ascética, la aspiración espiritual de la Europa cristiana. La iglesia, el palacio, la casa italianos están llenos de luz, de serenidad, de calma. Las líneas agudas del gótico simbolizan la ascensión del alma, la dolorosa prolijidad de sus cresterias los tormentos del pecado, las horizontales y las curvas elegantes del renacimiento la prudencia, la alegría, el reposo, el amor de la vida y el placer de la naturaleza (1).

La transformación se define con una palabra : el triunfo del individualismo.

Italia llegaba a él pasando por un movimiento comunista y colectivo. Adquirió la fuerza y la riqueza que permitían el desenvol-

(1) TAINE, *Philosophie de l'art,* tomo XXII; L. LUGONES, *La cacolitia.*

vimiento y la irradiación de grandes ejemplares humanos, precisamente por la paz, el comercio, la acumulación de bienes y de ciencia que eran obra de la organización comunal y de la solidaridad social, por las que se distinguió del resto de Europa. Es prueba que no está ni el individualismo ni el colectivismo en ningún estadio preestablecido de la historia humana, como pretendió la filosofía natural, y ahora el socialismo, dogmático y jacobino, a pesar de su énfasis positivista.

El tipo personal acusado y constructor que alcanzó en el siglo xv italiano las cifras más altas de pujanza y de relieve, como Leonardo, León Bautista Alberti o Buonocorso Pitti, César Borgia o Alfonso de Nápoles, comienzan a aparecer en el siglo xiv en los principados.

El lector encuentra a cada paso personajes apasionantes por la plenitud de vida, la abundancia de trabajo que realizan serenamente, sin fatiga y con belleza. En ningún momento de la historia como en éste, comparable so-

lamente tal vez con el siglo de Augusto, se descubre a la contemplación tan extraordinaria cantidad de fisonomías propias, de bustos originales, de miradas profundas, — una vegetación humana tan grandiosa y regurgitante de savia, como estremecida por un viento sagrado de génesis.

Aplicaos a releerla y surgirán las figuras: en Florencia los artistas, en Venecia los políticos, en Milán los tiranos. Al azar, Carlos d'Iriarte descubrió en una moneda sin troquel la figura que bruñida reveló a Marco Antonio Bruto, embajador en Constantinopla ante Sixto VI, protector del Veronese, amigo de Pallacio, discípulo de Vittoria (1).

La cultura y la prosperidad, añadidas a la libertad comunal, favorecieron sin duda, dice Burckhardt (2), la formación de una opinión

(1) C. Iriarte, *Un patricien de Venise.*

(2) *Civiltá nel rinascimento*, trad. italiana de Zippel, páginas 156 y siguientes.

individual, a la que la ausencia misma de luchas de partidos, bajo las tiranías principescas, proporcionaba oportunidad de desenvolverse. No es, pues, improbable que bajo esas mismas tiranías se haya formado, por primera vez, esa creación moderna del hombre privado, indiferente a la política y dedicado a ocupaciones profesionales exclusivamente.

En las ciudades democráticas los hombres de las facciones vencidas debían encontrarse en una situación semejante a la de los súbditos de los tiranos, por la privación forzosa del poder, pero con esto de más, que la señoría ya gustada o quizá la esperanza de readquirirla, daban a su individualismo un vuelo más ardiente. Entre estos hombres condenados a un ocio involuntario, se encuentra Agnolo Pandolpini, autor de un tratado, *El gobierno de la familia,* que es el primer programa de una vida privada, llevada al máximo de su desarrollo, con la ayuda de

la educación. La comparación que hace entre la vida privada y las incertidumbres y molestias de la vida pública, merece ser mirada, dice el mismo Burckhardt, como un monumento de su tiempo.

Hay un testimonio material, sugerente y pintoresco, expresivo de este desarrollo de la personalidad y es el uso de los vestidos.

En Flòrencia, según los cronistas (1), a fines del siglo XIV no había moda prevalente. Se rivalizaba en lujo, pero quedaban entregados el color y la foma de los trajes a la fantasía personal. Este acto sencillo y externo de vestirse es, sin embargo, elocuente y decisivo. ¡Qué fuerza poderosa, qué sentimiento de vida y de originalidad revela el acto de ponerse encima de los hombros o alrededor de las piernas una tela más amplia o más estrecha, más colorida o más severa que la que echa sobre sus miembros el vecino!

(1) Sacchetti, Castiglione, etc.

Pero este individualismo no es sino un producto de evolución, carece de la comprehensión necesaria para abarcar los caracteres fundamentales del proceso y definirlo.

Para llamar con una palabra que expresase la fuente profunda de la evolución italiana, escogería la de *naturalismo*.

Al naturalismo la inclinaba la tradición romana, hija de una gran civilización jurídica y política, es decir, que había contemplado principalmente problemas prácticos.

La mantenía en esa tendencia la falta de agitaciones religiosas, que la invasión germana despertaba en los países que ella dominó, como Galia o Hispania.

Su vocación mercantil, estimulada por su topografía peninsular, no era propia sin duda para contrariar las tendencias ancestrales.

No fué ni feudal ni teológica en los siglos en que la Europa caótica necesitaba del castillo para civilizarse y él se multiplicó, y en la que la disputa nominalista constituía la

ciencia de los concilios y los temas de las universidades.

Fué la primera que renació las ciencias positivas y se aplicó al estudio de los fenómenos de la vida y de la naturaleza.

Leonardo de Vinci, en los manuscritos que de él se conservan, llegó a intuiciones inauditas en la investigación positiva.

Se ve ahora por ellos que precursó a Bacon en la afirmación del método inductivo. Antes que Cuvier, atribuía a los torrentes la formación de los valles, antes que de Palissy encontró las huellas de un mundo oceánico desaparecido y constató la doble circulación de la sangre un siglo antes que Harvey.

El renacimiento fué exclusivamente una vuelta a la naturaleza.

Haced pasar delante de vuestra vista, para tomar lo más frágil de la creación humana, las líneas y formas de la decoración arquitectural u ornamental que se sucede en los primeros quince siglos cristianos, y veréis con

cuánta evidencia el espíritu hace en ellos el regreso paulatino y seguro a la naturaleza (1).

Las líneas son angulosas y alargadas, las figuras caprichosas cuando no teratológicas — cabeza humana sobre cuerpo de ave o reptil — los motivos ornamentales atormentando la proporción, la lógica, el modelo vivo, — flor, hoja u hombre. A su través se ve distante y como deformada por una serie de falsificaciones superpuestas la naturaleza originaria y es un placer casi físico y una lección ver, haciendo desfilar las formas sucesivas del siglo XIII al XV, cómo se aclaran, se redondean, se colorean de matices normales, se impregnan de verdad y de vida. Se tiene la ilusión de volver de una enfermedad o de una pesadilla.

La obra de Leonardo de Vinci tiene pasajes de lucidez profunda y de extraordinaria

(1) Ver Colección de Ernest Guillot, 3 volúmenes. Edición Laurens.

sugestión del hombre y de la civilización italianos.

Su elogio en la historia de la pintura revela el panteísmo pagano, la admiración de la naturaleza que exige como facultad primaria el don divino de la visión.

«El ojo es maestro de la astrología, dice, generador de la cosmografía; conduce y corrige todas las artes humanas; mueve al hombre hacia las diversas partes del mundo; príncipe de las matemáticas; ha medido la altura y la grandeza de las estrellas; ha engendrado la arquitectura, la perspectiva y la pintura. Qué raza, qué lengua podría describir su acción. ¡Oh superexcelencia de todas las cosas creadas por Dios! Ventana abierta por donde el alma contempla y goza de la belleza del mundo, consolándose de su prisión y que sin ella sería un tormento» (1).

(1) *Histoire de la peinture*, transcripción de Peladan de la obra de Ludwig.

Sus aforismos, son sendas enseñanzas filosóficas y puras. « Quien puede ir a la fuente, no vaya a la ánfora », dice hablando de la naturaleza como modelo del arte. « La experiencia, dice, no engaña jamás, pero, agrega, hay en la naturaleza razones infinitas que faltan en la experiencia. »

« Tu Dios, dice este hijo de un pueblo que no es sin duda místico, vende los bienes del mundo a precio del esfuerzo. »

El sensualismo del Renacimiento habla por su boca : « a los ambiciosos que no se contentan del beneficio de la vida ni de la belleza del mundo, les está impuesto por castigo que no comprendan la vida y que queden insensibles a la utilidad y a la belleza del universo» (1).

Nadie ha dicho más sencillamente el elogio de la soledad y del individualismo : *e si tu sarai solo tu sarai tutto tuo.*

(1) Cod. ambrosiano.

Como todos los renacentistas fué un apasionado de la vida campestre. Para Miguel Ángel y Maquiavelo no se encuentra la paz sino en los grandes bosques. En su villa de Careggi, Cosme de Médicis podaba su viña mientras Marsilo Ficino lo acompañaba leyendo Platón en alta voz o tocando la lira. Entre los placeres del *quattrocento* se cuentan las cabalgatas de Policiano al través de la campaña florentina, mientras el poeta recitaba a Lorenzo de Médicis las últimas páginas de su último libro, y también las suaves charlas de la academia platoniana a lo largo de los caminos bordeados de rosas de Fiesole (1).

Por eso, como dice Burckhardt, fueron los italianos los que descubrieron el paisaje como fenómeno estético (2).

(1) Dupont Ferrier G.

(2) *Civiltà*, tomo XX; página 19.

IV

LAS CIUDADES COMERCIALES
LA VÍA DEL ORIENTE

Amalfi. — Pisa. — El ambiente comercial. — Ausencia del «honor» y de la conciencia «cristiana». — Atracción de Italia. — La emigración a Italia. — Cosmopolitismo. — El comercio florentino. — Génova y Venecia. — Sus conflictos. — El comercio con los infieles. — La arquitectura naval. — Extensión de los mercados. — Aumento de los consumos. — Necesidad del tráfico con el oriente. — Sus contratiempos. — Itinerarios y duración de los viajes. — Primeras expediciones. — Portugal. — Precursores italianos de los descubrimientos marítimos.

Las razones que ya hemos expuesto destinaban a Italia a ser la conservadora de las tradiciones comerciales de la antigüedad.

El sur, más próximo al oriente y a Bizan-

cio, debía prevalecer en esta función, era puente entre Europa y África, paso obligado en la vía de la Siria y del Egipto. Estaba llamado a ser la llave de un comercio forzosamente reducido a las costas del mar latino.

Es así que desde los siglos IX al XI, Amalfi fué una metrópoli mercantil, que alcanzó a 150.000 habitantes. Sus naves se hallan en todos los puertos del levante, dicta leyes comerciales al mundo y domina los mares.

Pero el feudo normando y sarraceno instalado en ella frustó ese destino. La organización feudal creaba un ambiente contrario a todo lo que no fuera la preocupación guerrera. Desaparecieron así Amalfi, Barletta, Bari en el sur, prosperaron, en cambio, los trovadores y la poesía trovadoresca, — constituyendo por ello, doblemente, una excepción singular Sicilia en la historia italiana.

Amalfi fué conquistada por los normandos en 1130 y poco después vencida y saqueada por Pisa.

La dominación angevina en Nápoles aspiró a dar vuelo al comercio con el Asia y llevó sus naves a oriente y sus embajadas hasta la Persia y ante el Khan de Tartaria. Antes de las vísperas Sicilianas, no hay potencia, a excepción de Venecia, dice Iver, que pueda rivalizar con la de Carlos Anjou (1), donde éste primero y después Roberto desenvuelven una hábil política, aconsejada por las propias necesidades financieras de una corte fastuosa, para estimular el comercio, otorgando ventajas, honores a los que lo practican y dando ellos mismos el ejemplo que siguen nobles y señores.

Reparan caminos, establecen nuevos, desecan grandes extensiones pantanosas en Capua, construyen refugios para los viajeros.

Son reyes poderosos, jefes consagrados (2)

(1) Ch. Iver, *Commerce et marchands dans l'Italie méridionale.*

(2) Ídem, página 70.

de los guelfos, aliados del Papado, protectores del reino de Jerusalén.

Pisa en los siglos XII y XIII, Génova y Venecia después son los directores y los usufructuarios del movimiento comercial del mundo.

Floreciente Pisa durante las dos primeras cruzadas, y copartícipe principal de ellas, tuvo grandes establecimientos en las costas de la Siria y del Asia menor.

Era casi un puerto pues el Arno era navegable hasta sus murallas, fué guerrera y comercial a un tiempo, desenvolvió una política liberal y fué habitada hasta por 200.000 almas.

La posesión de Córcega y Cerdeña fué el motivo de sus guerras con Génova, celosa de su prosperidad, y al fin la causa de su ruina, en la que no era la única interesada, pues Florencia, su vecina, en disputa constante abríase un camino al mar con Telamon y con Livorno para desorientar el comercio de Pisa.

Pero la gran época del comercio, de los em-

porios mundiales, son los siglos XIV y XV, cuando tienen el cetro Génova y Venecia que encarnan el genio de su tiempo.

En general las ciudades italianas, hemos dicho, carecen de orgullo patriótico: se permutan o se venden.

No las agita ya como en el siglo XIII la lucha por conquistar las libertades comunales contra el Emperador o los nobles.

Sus guerras reconocen como causa rivalidades comerciales. Las intestinas carecen de saña. Se introdujo la costumbre de devolverse los prisioneros después de despojados. Una derrota era simplemente un negocio fallido. La famosa batalla de Anghiari no dejó un solo cadáver. Los jefes enemigos se reconcilian o se alían.

Génova en el siglo XIV tiene amos extranjeros a los que las facciones la entregan alternativamente: Enrique VII, Carlos VI, Carlos VII de Francia.

Pueblos mercantiles, sin ambiente feudal,

carecieron de grandeza heroica y guerrera, de los sentimientos que nacieron y se rodrigaron en la soledad y en la rudeza del castillo. El honor caballeresco, el primero, que florece la savia fuerte y áspera de las luchas castellanas, prez de las historias feudales de España, de Francia, de Inglaterra y que da su encanto peregrino a las canciones de gestas, a las crónicas, a los poemas, a las leyendas que circulan en Europa, maravillando las cortes, emulando ambiciones, dando acicate al ideal que sostuvo y por el que murió la Edad media. Él fué ignorado en Italia. Como el honor, la conciencia cristiana que germinó, tomó cuerpo y se acendró en la constante y solitaria concentración en sí mismo (1) del castellano.

El propio mercantilismo italiano en frente de la Europa guerrera, comprueba la ley de

(1) Ver Taine, *Origines de la France ; Histoire de la littérature anglaise*

Spencer que ve en la organización de aquel tipo una forma superior de evolución.

En ello radica la diferencia substancial de Italia con el resto de Europa. Pero a despecho o por razón de esa misma diferencia causaron las riquezas y el esplendor de la península el deslumbramiento de Europa. Italia era, en efecto, la atracción de sus vecinos : de Francia, de Alemania, también de Inglaterra y del Oriente. Haber visitado y mejor aún residido en sus ciudades era una garantía de educación y de cultura cuando no una razón de superioridad, como para los americanos de hoy el viaje a Europa. Se iba a ella para ver, para aprender, para ilustrarse, además de traficar. Se divulgaron así los italianismos y se formaron grupos de italisantes.

Atraía sin duda su riqueza y su lujo, su fausto que ha dominado las cortes principescas, que los artistas italianos decoran con sus bustos.

Can el Grande, de los Scala de Verona, que

elevó su casa a un alto grado de poder, manifestó grande amor por las letras y abrió un asilo en su corte a todos los hombres distinguidos de Italia, y a numerosos proscriptos. Uno de ellos, Sagacius Mucius Gazata pinta así el asilo del magnífico señor : los departamentos se asignaban según la condición de los huéspedes, cada uno estaba señalado por una divisa característica ; el triunfo para los guerreros, la esperanza para los desterrados, las musas para los poetas, Mercurio para los artistas, el paraíso para los predicadores. Durante los almuerzos, músicos, bufones, y cubileteros recorrían el palacio ; las salas estaban ornadas de cuadros que recordaban las vicisitudes de la fortuna (1).

Pero llegaban a Italia también extranjeros y a su turno sus hijos se han acodado por toda Europa, como que han monopolizado el comercio y sirven como proveedores de todas

(1) Sismondi, tomo III, página 279.

las cortes y se han convertido, por lo mismo, en amos de sus necesidades.

Tiene ciudades como Florencia, centro de las letras, de las artes, y la primera manufactura de la península. Refleja en pequeño los prestigios, la fuerza, el genio de la civilización de su tiempo. Tiene 200.000 habitantes y cuenta a fines del siglo XIV 200 fábricas de tejidos de lana, 80 bancos que trafican en Europa y en Asia. Sus financistas, sus cónsules y compañías están diseminados por todos los rumbos y los adulan las cortes (1).

Entre las siete artes mayores están las de los paños extranjeros, de lana, de seda, la de los peleteros, de cambistas y comerciantes. Su arte llegó a tal grado de perfección que hizo los tejidos persas de brocado de oro, plata y seda.

Génova era la más genuinamente comercial de todas las ciudades italianas; había nacido

(1) Datos de Juan Villani.

para el comercio. Su topografía, su suelo, su propio mar que carecía hasta del aliciente de sus peces, lo demuestran.

Para destruir el comercio de Venecia, que había merecido la protección del Imperio latino de Bizancio, encorazonó la reconquista de Miguel Paleologo desafiando la cólera del papado y de la cristiandad.

Desde su factoría de Caffa era la dueña del comercio del Ponto Euxino, que surcaban sus *taridas,* barcos bajos y largos, aún en el invierno, época en que los bizantinos suspendían la navegación.

Caffa llegó a tener doble población que Constantinopla y a ser el emporio del comercio de productos tártaros y un gran mercado de esclavos. En el litoral del Ponto Euxino estaba construída Trebizonda, que era puerto de salida de los productos asiáticos.

Gènova no se contentó con ser la intermediaria de sus colonias si no que se aventuró hasta los bazares de Tauris y las íerias de Saltanieh.

No solamente dominó la vía del mar Negro, por tierra hasta el Eúfrates y Tigris y el golfo Pérsico, sino que acudió a Siria y a la costa egipcia.

Era tan indígena la vocación genovesa por el comercio que los menores se emancipaban para dedicarse a él y que gran número de mujeres empeñaban su dote en compra de mercaderías extranjeras, seguras y entusiastas de las ventajas pecuniarias que la operación debía proporcionales (1).

Venecia desde muy temprano acreditó su riqueza. Sus presentes habían llamado la atención de Carlomagno, y el séquito del Emperador de la barba florida, maravillóse de las púrpuras, de los tapetes recamados de oro, linos preciosos, plumas de avestruces, marfil, ébano, gemas que introducían ya en aquella época del levante.

(1) Boccardo, *op. cit.*, página 425; Conrado y S. Rüge, *loc. cit.*

Las cruzadas le permitieron establecer factorías y almacenes intermediarios del comercio asiático : Pera, que era un barrio de Constantinopla, Lazi en el Ponto Euxino, Nicoplis en la Propontide, Galipolis en el Hellesponto y un sinnúmero de puertos alrededor del Peloponeso.

Realizaba sus tratos comerciales tan pronto con los príncipes cruzados como con el Sultán.

Al organizarse la cuarta cruzada en la que Venecia debía intervenir tan principalmente, Anhalich Aladil envió a la república una embajada pidiendo al dux que empeñase su influencia para pedir que los expedicionarios no atacasen sus dominios de Egipto y Siria. Enrique Dandolo, como sabéis, dirigió así sus legionarios contra Constantinopla.

Prohibido el contacto con los mulsumanes durante las cruzadas, Benedicto recordó al dux la prohibición y sus terribles sanciones. Entre otras, que la excomunión que atraía sobre el culpable podía levantarse *in articulo*

mortis por una orden especial de la sede apostólica y pagando una suma equivalente al cargamento transportado de Egipto.

El conflicto se planteó desde el primer momento y las negociaciones también. Benedicto VII levantó la prohibición a condición de obtener un permiso previo.

Tana, sobre el mar Azof, fué una factoría de prosperidad extraordinaria que los venecianos obtuvieron en 1332. Recibía los productos de Persia e India por intermedio de Astrakán. Era también un emporio del comercio de los países septentrionales; peces y esclavos, tártaros y rusos.

Fueron los venecianos los grandes transformadores de la arquitectura naval: construyeron los *dromoni,* grandes barcos aptos para el transporte como para la defensa, los *sottili,* de persecución a los corsarios, después los *cocchis*, que podían tripular hasta mil hombres. Sus *dromoni* llegaban hasta el mar del Norte y Flandes; acudían a sus almacenes,

alemanes, franceses, húngaros, bohemios en busca de especias orientales, de drogas, frutas y paños de que eran intermediarios, gemas, margaritas, esmaltes, armas, espejos que ella fabricaba, la sal que monopolizaba, o los mosaicos, los brocados de oro y damascos bermejos, lujo de las decoraciones, que solamente ella sabía preparar, las figuras de cera que en ninguna parte alcanzaban la blancura que en Venecia.

Un documento de la época refiere las cifras de su comercio. Milán gastaba anualmente 90.000 ducados, Monza 56.000; Como, Tortona, Novara y Cremona 140.000 cada una, y a su turno éstas ciudades mandaban géneros por valor de 500.000 ducados, de modo que el tráfico alcanzaba a 2.800.000 ducados. Todos los años Venecia exportaba por valor de diez millones e importaba por un valor semejante (1).

(1) Datos del discurso de Moncenigo, dux de Ve-

Más de mil patricios poseían una renta de 200 a 500 mil liras anuales.

Tuvo sabias leyes y una aristocracia disciplinada y sagaz. Todo lo había reglado: la navegación, la vida a bordo, la conducta en el puerto de descarga, donde el barco quedaba a la orden de su cónsul. En todo navío debía embarcarse, según una ley, dos jóvenes de 20 años que aprendían sobre el mar y en los puertos ese arte a que Venecia debía su esplendor y su fortuna.

Sabellico ha dejado una descripción de la Venecia del siglo XV, de la extraordinaria animación de la plaza que se extiende delante de San Giaconetto, de los pórticos donde se alinean los almacenes, y delante de los que hormiguean corredores, compradores, mercaderes, que han llegado de todos los caminos,

necia oponiéndose a la alianza con Milán. Ver la grande obra de POMPEO MOLMENTI, *Storia de Venezia nella vita privata*, tomo I, página 202.

que forman una muchedumbre, que bulle y se agita y de la que se levanta un constante murmullo; del gran Canal, cuyas aguas remontan millones de embarcaciones que fueron cargadas en Alejandría, en Tana y que retornaran pronto hacia la costa de España o Flandes en busca de algodón o de lana, llevando las especias levantinas o los propios espejos, margaritas y cristales que fingen tan cabalmente el encanto singular, frágil y fastuoso de sus canales; de las calles laterales del canal que millares de comerciantes las llenan con sus fardos y parlerías porque se ven confundidas todas las naciones (1) y todas las razas; el enérgico catalán y el griego afeminado, el francés locuaz y el árabe silencioso, el turco inquieto y el negro africano que sirve a la república.

Era así como Italia aprovechaba las consecuencias de las cruzadas que no fueron para ella sino motivo de lucro.

(1) Orti y Brull, *Italia en el siglo XV.*

Habían establecido las cruzadas el camino del Oriente y habían comunicado los pueblos europeos entre sí, comprometiéndolos en las comunes expediciones, y habían dado pábulo al progreso de la arquitectura naval.

El transporte de peregrinos hizo necesario los grandes navíos y los libos místicos dan las reglas para construirlos. Se inventaron para ese fin las velas múltiples dispuestas para ir con ellas contra el viento.

Sólo Italia, sobre el mar familiar, libre de las trabas y de la barbarie feudal se hallaba en condiciones de servir para las nuevas funciones que la extensión del medio comercial creaba.

Quedaba allanada la vía para formar sobre las costas del Oriente su imperio y su prepotencia.

Fué, pues, la usufructuaria casi exclusiva del esfuerzo extraordinario de Occidente en los siglos de las cruzadas.

Las cruzadas tuvieron también el efecto de

encorazonar las reclamaciones de las comunas, por la larga ausencia de los suzeranos y también las vacancias e interregnos frecuentes y por la necesidad de recursos que disminuían su soberbia en frente de sus súbditos.

Se tendió a formar, hemos dicho, un mercado mundial como consecuencia de la supresión de las fronteras. Desaparecen los mercados locales porque cada región desiste de abastar sus múltiples necesidades y prefiere especializar su industria y obtener lo demás por canje.

Simultáneamente las ferias pierden su importancia. Son como núcleos congestivos de la circulación que se desvanecen una vez generalizada y estimulada ésta.

La emancipación de las clases medias, fenómeno característico de los siglos XIV y XV, ha aumentado extraordinariamente los consumos.

No son solamente las cortes las que orná-

banse de telas, y gustaban de las especias y aromas, en sus múltiples usos, sino también la burguesía cuya riqueza medraba por toda Europa y que alcanzaba la opulencia en Brujas, Gante, Ypres.

Pero el comercio de las Indias soportaba contratiempos inallanables que elevaban considerablemente los precios. El largo itinerario terrestre importaba onerosas erogaciones pues debía ser hecho al través de altas montañas, caminos impracticables, desiertos inhospitalarios e inmensos (1).

Estaba rodeado el viaje de grandes y frecuentes riesgos entre ellos el de la prisión y de la muerte.

Era además de una duración interminable: 25 días desde Tana hasta Astrakán; hasta el Ural 9 días más; desde aquí por tierra hasta el Turkestán 60 días; desde aquí 70 días hasta

(1) Es sumamente expresiva la descripción hecha por Marco Polo de su viaje.

Kanttschou, 45 días más de caballo hasta Quinsay y 30 días después se está en Pekin (1).

Los estímulos para encontrar una nueva vía eran, pues, inmensos y si esa vía era marítima y fluvial los estímulos aumentaban; pero debieron convertirse en decisivos e imperiosos cuando las vías terrestres fueron infranqueables, es decir después y quizá antes de la caída de Constantinopla en 1453.

Desde muchos años atrás los portugueses ayudados por la ventaja de su posición en la conjunción del Mediterráneo y del Atlántico habían iniciado expediciones marítimas por las costas africanas, que encorazonó ardientemente Enrique, el quinto hijo del rey Juan, y fundador del observatorio de Sagres.

Gil Cannes pasa el cabo Bajador en 1434; Dionisio Días en 1445, que llegó al país de los negros, Nuño Tristán a Senegambia, Alvaro

(1) Sophus Rüge, *Epoche delle scoperte*, página 97.

Fernández a Sierra Leona demuestran contra las autoridades más altas, Aristóteles y Ptolomeo, no sólo la habitalidad si no las riquezas inmensas del trópico.

Quedaba también averiguado que las costas africanas, que en las primeras inspecciones se dirigían al sudoeste, comienzan a arrumbar al sudeste. Entonces nació la idea de que continuando la navegación podría llegarse a las Indias, como se denominaban todas las tierras situadas sobre el océano Indico y aun las costas orientales del África y la altiplanicie de Etiopía donde se situaba el reino del Preste Juan, según la leyenda que fingió Europa entera bajo el beleño de la lejanía y del misterio (1).

Había además motivos religiosos que estimulaban las expediciones, la catequización de

(1) La leyenda situaba en las diversas regiones el reino: una veces tenía por capital a Ecbatana, otras quedaba al sur de la Siria.

los nuevos pueblos, y también la alianza con el Preste Juan, jefe de tan poderoso reino cristiano, en luchas perpetuas, siempre según la leyenda, con los árabes de Egipto.

La relación escrita de los viajes de Marco Polo deslumbró el Occidente: los ríos del Turkestán oriental ricos de ágata, las magnificencias de la China, los palacios con techos de oro del Japón, los productos aromáticos de la isla Zonda.

En esa busca, esa persecución de las Indias, un buen día un marino habría de tropezar con América.

Buscando las Indias, en efecto, Colón dió con ella, y como es sabido murió creyendo haber encontrado Cipango, Tarsis u Ophir (1).

El descubrimiento, pues, no era si no un paso más en una carrera comenzada, y su grande originalidad es haber arrumbado por el occidente para llegar al Asia.

(1) Carta de 1502, de Colón al Pontífice.

V

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA EN LOS DEMÁS PAÍSES

Francia : sus comunas, su comercio. Diferencia con las italianas. — Su feudalismo. — Guerra de cien años. — Carlos VII. — La nueva época. — Luis XI. — La invasión a Italia según Michelet. — Alemania. — Su anarquía. — Maximiliano. — Inglaterra. — La guerra de las Dos Rosas. — Enrique VII. — Flandes.

La evolución italiana conserva las líneas que definen la evolución europea y su originalidad está, en la mayoría de los aspectos, solamente en que es la primera en realizarla.

La vida comunal, por ejemplo, órgano de la prosperidad comercial y de la libertad política es un fenómeno general.

En Francia durante los siglos XII y XIII se cumple una gran revolución : la manumisión del trabajo industrial.

Las comunas la aprovechan y al amparo de sucesos favorables se engrandecen : las querellas de las investiduras, las treguas de Dios, las asociaciones diocesanas han contribuído a relevar la posición de la burguesía porque detenían el pillaje de los castellanos y permitía crecer en la paz el comercio que era su nervio. Luego las querellas de los barones, las desheredaciones, los interregnos, las disputas de los pretendientes debilitaban a los suzeranos y fortalecían paralelamente la ciudad, el burgo naciente que abastaba los consumos desordenados de los castillos y adulaba el gusto instintivo de los privilegiados por los artículos de lujo.

También, como Italia, asistió Francia a las luchas armadas, a los alzamientos, — *les cabochiens*, *les jacqueries*, — generalmente más sangrientos que en la península donde tuvo

un vuelo más fácil y más débil resistencia la expansión comunal.

Aunque no llegó a la prepotencia absoluta que alcanzara en Italia, la aristocracia burguesa tuvo también intervención en el gobierno. Los estados generales son un testimonio de la fuerza del tercer estado.

Pero hay en Francia un rey a quien secunda en su lucha con los barones, a diferencia de Italia donde ella crea el rey, fundando dinastías como las de los Medici, los Visconti o los Scala surgidas de su seno.

Y el rey es monedero falso y muy necesitado de recursos. Felipe el Hermoso demostró gran ingenio para inventarlos e igual energía para cobrarlos.

Aseguran equivocadamente los historiadores que las comunas italianas fueron las únicas nacidas espontáneamente (1), a diferencia de las españolas o francesas evocadas por

(1) BOCCARDO, *Historia del comercio.*

concesiones reales. Las cartas y franquicias forales no han creado nunca comunas, si no que daban nombre a hechos preexistentes.

En Francia señalaron una gran prosperidad cuando las cruzadas abrieron horizontes y trillaron caminos. Marsella y Montpellier (1) fueron mercados de un movimiento considerable y las ferias de Champagne la ocasión de cita de gentes de todos los rumbos en la intersección de dos caminos internacionales, de Italia y de Flandes, equidistante del Meditarráneo y del mar del Norte, por el Sena y el Marne.

Las ferias de Champagne eran seis al año, de cuarenta y ocho días cada una, es decir una feria permanente.

Los impuestos, las trabas, la persecución fiscal a los banqueros lombardos, la guerra con Flandes que la privaba del principal con-

(1) LAVISSE, *Histoire de France*, tomo II, página 345; LUCHAIRE, tomo III, página 397.

currente, y luego la extensión de los caminos concluyeron con las ferias.

En Francia, pues, las comunas lucharon en su beneficio pero lucharon también para el rey en frente de la aristocracia feudal, mientras que en Italia lucharon solamente para ellas y fué esa tal vez una razón de su acción más amplia y más característica y de la superioridad que se les reconoce.

A las comunas, al comercio que desenvolvieron, a la paz relativa que fundaron, debe Francia esos cuarenta primeros años del siglo XIV que se cuentan entre los más felices de su historia. Francia, con sus veintidós millones de habitantes, alcanza la misma densidad demótica que hoy (1).

En tiempo de Felipe Augusto la burguesía interviene ya en el gobierno y el fenómeno se produce en todos los señoríos. Surgen

(1) PFISTER, *Les classes commerciales*. Conferencia del curso 1906-1907.

entonces, en Francia como en Italia, las dinastías burguesas, los Arrade y Papin en París, los Colomb de Burdeos, los Auffres en la Rochela, los Dardier en Bayona, los Fergant en Ruan. Pero a pesar de tan profundas semejanzas la distancia a que se halla de Italia es inmensa.

Francia, a pesar de los focos de herejía que aparecen en el mediodía y de la decadencia de su episcopado a principios del siglo XIII, conserva las tradiciones y las costumbres cristianas del tiempo de las cruzadas (1).

Fué la metrópoli del escolasticismo y el emporio de las disputas nominalistas, mientras ellas no penetraron nunca en la península (2).

Los primeros reyes de la dinastía Valois, advenida en el segundo cuarto del siglo XIV, muestran la prevalencia en Francia de las fuerzas medievales.

(1) LUCHAIRE, *Histoire de France*, página 319.

(2) GEBHART, *Le mysticisme en Italie*, capítulo 1°.

Felipe VI fué un rey religioso y caballero, que ordenaba él mismo fiestas, torneos y justas, que Froissart ha descrito.

Bajo el reinado de Juan el Bueno se habló todavía de cruzada que él debía capitanear (1362). A Carlos V, que fué una luna de San Luis, devoto, prudente, docto, magnífico, amigo del lujo, sucedía Carlos VI, que tuvo la locura de las fiestas y luego la locura verdadera.

En esa misma época la burguesía dominaba las ciudades italianas, sus factorías llegaban a su auge y sus comerciantes y nautas discurrían por todos los caminos del Oriente y los palacios se levantaban en sus plazas.

Las devastaciones de los ingleses, de las *jacqueries*, de los *tuchins* y el *brigandage* libre e impune, la miseria extrema y la despoblación forman la trama de los primeros cincuenta años del siglo XV, que atraviesa como una luz fulminea y salvadora la escueta silueta épica de la Pucelle, que el rey que le debe

el trono y el pueblo su libertad, dejan morir ignominiosamente.

Aun después del tratado de Arras que convino al duque de Borgona Felipe el Bueno con el rey Carlos VII, los *écorcheurs* devastaban y pillaban la campaña y el mismo París. La despoblación y la miseria eran atroces. Por todas partes se ve las aldeas abandonadas, las tierras incultas. Las gentes emigran a España, a Alemania, a Italia.

Los extranjeros han abandonado, primero naturalmente, la Francia. Las ferias de la Champagne han perdido todo sentido, los mercaderes de la Hansa alemana han dejado de frecuentar la Rochela, los puertos franceses del Mediterráneo estaban en decadencia: Montpellier, víctima de espantosas epidemias, despoblado: Aigues-Mortes enarenado; Narbona no tenía fácil comunicación con el mar.

Pero la guerra de cien años está próxima a terminar.

Carlos VII ha conquistado la Normandía, después la Guyena, inglesa desde hace tres siglos, Burdeos, desierto y miserable, es cierto, pero está ya en manos de Francia; hasta que la pequeña batalla de Castillon, puede decirse, ha puesto fin a esta contienda única por su duración secular y por su esterilidad completa para producir algún bien, que las guerras suelen hacer germinar, de rechazo, abonando con la sangre alguna oculta simiente.

Pero el renacimiento es rápido: las clases rurales y obreras, tan necesarias para levantar a la nación de la ruina, cobran importancia instantáneamente. La campaña comenzó a repoblarse, los surcos se abren y alegran de nuevo los caminos desolados por brigantes y vagabundos que han formado compañías, y que en este final del reinado de Carlos VII, no han desaparecido del todo.

Las posesiones feudales se dividen, y los señores son menos tiránicos con los cultivadores que son escasos y han de valorizar su

tierra. Las manumisiones aumentan : las hay en masa.

Jacques Cœur, que es de la época, armador, comerciante con el Levante lejano, fundador de compañías, opulento burgués, que aconseja al rey y tiene con éste una « cuenta secreta », preludia y simboliza esta nueva época de renacimiento económico y social de la Francia.

Las comunas han acrecido su poder al tiempo que la nobleza declina porque la devastación ha concluído con sus rentas, porque la prodigalidad es la virtud de la nobleza. La burguesía comienza a dominar las ciudades, a aliarse con la nobleza, a ser tenida en cuenta por el rey, que buscará en ella sus consejeros en los años próximos, en que ha de llamarse Luis XI (1461).

He ahí un rey que rompe con el tipo de la reyecía, diplomático más que guerrero, prudente y calculador, artero y vigilante, despiadado y hábil que publica con su acción y

su psicología el fin de la edad media: que funda nuevas industrias, que abre ferias y mercados, que sella tratados comerciales, aspira a destruir el monopolio de Venecia, y que sobre todo al final de una política tenaz, admirablemente implacable y obstinada, en la que alternan traiciones y batallas, juegos de diplomacia y golpes de fuerza, los más extremos y opuestos recursos, muchas veces fallidos, pero nunca abandonados, refunda la monarquía francesa en su estabilidad e integridad territorial y en su influencia exterior, que va desde Inglaterra, por Flandes, por Federico III, por Segismundo, por los cantones suizos, por Venecia, Hungría, Nápoles, Cataluña, Aragón y Castilla (1).

Al lado de Carlos el Temerario, su rival, expresa como en un contraste intencional, la transición de ese mediados del siglo xv, que parece un mediados de la historia humana.

(1) Thierry, *Histoire du tiers état.*

Luis, eficaz organizador, revolucionario sin bullicio, burgués, con su libro de cuentas al detalle y al día, previsor, astuto, sobrio hasta la sequedad, y a su frente el Temerario, arrojado, fastuoso, — en su persona, en sus fiestas, en sus proyectos, — que no mide, no calcula, que obra más rápidamente que lo que piensa, que ampara retóricos y trovadores y humanistas, que preside una corte ceremoniosa y solemne, que deja morir en sus manos el ducado borgoñón poderoso y rico, que mientras concurría a la entrevista de Trèves el 17 de noviembre de 1473, con Federico III soñaba quizá en convertirlo en la monarquía universal.

Pero la Francia que dejaba Luis XI al morir (1483), renacida, ordenada, fuerte, con su ejército disciplinado, no había concluído su evolución.

Ana de Beaujeu, tenaz y hábil, esa hija genuina de Luis y continuadora de su obra, era solamente una regente, y luego la Fran-

cia, desde su punto de vista territorial necesitaba completarse con el matrimonio de Carlos VIII con Ana de Bretaña que integraba con el último feudo disperso la monarquía Francesa (1) (1491). El rey va comenzar a reinar el año siguiente, en el que cumple 22 años, y va (1494) a realizar la empresa capital de su reinado, lo que Michelet ha llamado el « descubrimiento de Italia ».

Acontecimiento infinitamente más importante, ha dicho Michelet, que el descubrimiento de América para la historia del siglo siguiente, magnificando como artista el cuadro concreto que detiene su mirada y que luego evoca con su verbo entrecortado y sorprendente, mezcla de drama, de epopeya y de alegato.

De ese descubrimiento que es el choque de dos pueblos, de dos siglos, de dos edades,

(1) V. Petit Detaillis, *Histoire de France*, tomo IV, capítulos III al VI.

surgió una chispa que crea una columna de fuego que es el Renacimiento.

El famoso historiador ha olvidado todo lo que queda fuera de su asunto apasionante: España que colma una empresa varias veces secular, Inglaterra que va a inaugurar muy luego la nueva política de la colonización y del comercio mundial.

Para él la raíz de los tiempos nuevos está en ese descubrimiento de la península y no en el de América, que duplica el asiento de la historia humana (1).

Esa Francia engrandecida, que con el impulso recibido en 50 años va a ser en verdad una nueva y grande potencia, a pesar de todo no habría podido ser el instrumento de la « empresa de las Indias ».

Es claro que no pudo serlo nunca porque ni las ciencias cosmográficas ni las naturales estaban desarrolladas entre sus gentes, pues

(1) *Renaissance*, páginas 125 a 186

que era aún caballerezca, cortesana y feudal, es decir escolástica y guerrera; ni tampoco poseía una preparación náutica ni un espíritu mercantil; pero aun colmadas esas lagunas habría siempre carecido de la fuerza para realizarla. Veámoslo.

La invasión y la conquista de Italia no fueron evidentemente el resultado de un maduro pensamiento, ni siquiera un movimiento preparado largamente o « la consecuencia fatal de una atracción que desde dos siglos atrás se ejercía sobre el pensamiento de los reyes », como quiere Delaborde. Pero tampoco puede atribuirse una política que tan fértiles consecuencias suscita a una imaginación enfermiza o a la supervivencia de quimeras medievales en el ánimo del rey y sus consejeros (1).

Era más bien, si se ha de simplificar la explicación, el esfuerzo por completar la unidad

(1) H. Lemonnier, *Les guerres d'Italie*, capítulo I.

territorial, creando un sentimiento nacional en el calor de una empresa exterior.

Era el desbordamiento, el vigor crecido y gozoso sucesivo a una secular aspiración lograda.

Buscaba afirmar la unión de los pueblos franceses, afines y con vocación a la unidad, que las combinaciones cortesanas favorecieron en ese momento, pero que necesitaban soldarse.

Consiguió Francia, pues, a fines de ese siglo lo que España ya tenía : no meramente una unidad territorial, más definida que Francia, cuyas fronteras complicaban herencias y ambiciones de Maximiliano y Enrique VII, calmadas pero no extinguidas, pero sobre todo una fe nacional, un sentimiento que alentara un estrato muy profundo del carácter.

Ese sentimiento nacional había de ser absoluto, recio, de un exclusivismo tan completo como sólo lo conocen el heroísmo y la fe.

¿Qué otros pueblos de Europa podrían contar con él?

¿Sería acaso Alemania, o las Alemanias, como dicen algunos historiadores, significando la subdivisión de su territorio en principados y la ausencia completa de un gobierno común?

El carácter electivo del Emperador y las reyertas continuas en que los electores se hallaban mezclados, impedíanle constituir una nación.

Las ambiciones por el gobierno estaban constantemente estimuladas por la posibilidad de imponerse ante los grandes electores en la primera vacancia. Así pasaba el imperio de una dinastía a otra.

Además el imperio no daba la fuerza necesaria para imprimir unidad a una nación heterogénea y sin fronteras establecidas, y en la que estaban alertas los celos de los príncipes siempre más fuertes que el Emperador en los límites de su jurisdicción.

Fueron permanentes los esfuerzos de los electores para introducir orden en la elección del Emperador y dictar una ley a la monarquía, pero ya sea por sus propios celos o por la intervención de los reyes extranjeros, las tentativas, aun las más serias, como la Bula de Oro, fracasaron. En el siglo XV, el movimiento de centralización realizado en toda Europa repercutió en Alemania, pero una tan larga tradición de anarquía impidió que la obra se consumara con rapidez igual a la de Francia.

Las dietas reunidas para reformar el Imperio en Ratisbona y Francfort, durante el largo reinado opaco de Federico III no alcanzaron efecto alguno. En reyertas con húngaros, desconocido por los príncipes, pactando hoy con unos, adormeciendo a otros, empeñándose en guerras estériles con Federico el Victorioso del Palatinado, impotente ante los turcos, que reinante él han tomado Constantinopla con Mulad II en 1453, no alcanzó a

morir rey, porque diez años antes de su muerte su hijo Maximiliano era elegido rey de los romanos y fué el emperador verdadero.

Pero este monarca que aplacaba la anarquía de los electores, que había heredado el imperio borgoñón por su enlace con María, la hija única de Carlos el Temerario, joven, alerta, infatigable no fundó un imperio unido. La dieta de 1495 en la que se tentaba organizarlo, era ya una demostración que no había un rey y sobre todo cuando ella se proponía crear una república aristocrática erigiendo al lado y quizá por encima del monarca un consejo imperial compuesto de siete miembros.

Ningún país, pues, como Alemania, era más incapaz que éste de tentar una vasta empresa exterior, ningún estado carecía de rentas propias al extremo que él, pendiente del beneplácito de los príncipes y habitual mendigo de las cortes italianas.

Las condiciones personales del nuevo rey

de los romanos no eran propias tampoco para concebirla y ejecutarla, pues aunque haya entre ellas las propias para mover a simpatía, — su llaneza, su atolondramiento de «buen muchacho», cazador apasionado y negligente de su poder y de su imperio, — carecía de constancia, de grandezas, de gravedad, y era incapaz de la meditación. Este rey cambiaba una partida prometedora de caza de gamuza con los privilegios de su corona.

La historia no puede prescindir de él sin embargo porque es el punto de reunión, esposo de la borgoñona y padre de Felipe el Hermoso, de las tres casas Austria, Borgoña y Castilla, que pondría en manos de Carlos V, su nieto, la mayor aproximación conocida al imperio universal.

La vida artística de Alemania refleja los caracteres que acabamos de bosquejar.

Sin unidad política, sin poder central, sin capital, fué durante la Edad media una provincia de sus vecinas. Primero la influencia

francesa, luego la inglesa y sobre todo la flamenca y la italiana, pero todas variables según las regiones. La flamenca fué más sensible en la región renana, en Colonia y Estraburgo, mientras la Alemania del sur con sus capitales de Ausburgo y Nuremberg se abría a la penetración italiana (1).

¿Sería acaso Inglaterra el país unificado, disciplinado, ambicioso de acción exterior y capaz de realizarla?

País insular, su progenie es marítima. Situado en la línea final del mundo conocido, soñó también con tierras fantásticas en el mar Poniente. Las cartas geográficas figuraban una *insula fortunata* en el paralelo de Irlanda, además de la que situaban en el paralelo de las Canarias. Es una leyenda irlandesa la de la isla de San Barandón que se dibujaba con sus montañas hacia el sudoeste en el horizonte del mar y que poblaron

(1) L. Réau, *L'art allemand.*

el santo de ese nombre y setenta y cinco monjes (1).

Estos pueblos nórdicos conservaban quizá como una obscurísima tradición los contactos de Groenlandia con la América del Norte.

Bartolomé Colón, como se sabe, cuando las peregrinaciones de su hermano en busca de protectores para su empresa, llevó hasta Enrique de Inglaterra el proyectado viaje a las Indias.

Pero Inglaterra se hallaba en una imposibilidad mayor que Francia para dar cima a la ambición de Colón.

Desde el siglo XIV la industria telar crecía en Inglaterra, que había atraído artesanos flamencos y suplantado a Brujas en la manufactura congénere, bajo Eduardo III.

La vida comunal era en ella más escasa

(1) HUMBOLDT, *Descubrimiento de América*, tomo I, capítulos VII y siguientes.

que en ningún otro país, lo que era propio para robustecer el trono, que era además hereditario y por lo tanto más enérgico que en Alemania.

Era país guerrero, agrícola y navegante. Conoció los alzamientos de paisanos bajo Wat Tyler en 1381, aunque no tuvieron la violencia y el arraigo de las *jacqueries*, pero un sinnúmero de razones habiánlo debilitado cuando llegaba « la hora predestinada del descubrimiento ».

Ya desde el siglo XIV, a fines, su navegación estaba arruinada, pues que los monarcas necesitaron los barcos para la guerra con Francia, y fué esta guerra de cien años un flajelo para ambos beligerantes. La dureza de los impuestos y las exacciones agotaron, además de la paz, los recursos de la nación.

Y cuando concluída ésta, a mediados del siglo XV, Francia recuperaba rápidamente sus fuerzas y consolidaba el rey su imperio,

triunfando sobre los feudos, Inglaterra atravesaba la convulsión de las luchas civiles de las Dos Rosas.

Comprometieron esas luchas los restos de energía de la nación, y aunque al final importaron sobre todo un descoronamiento de la nobleza feudal y un triunfo del principio monárquico, habría de necesitar convalecer de tan larga anarquía.

Después de Enrique V, el victorioso de Francia, vino el reinado de Enrique VI, apático, inepto, a merced de su esposa Margarita de Anjou y de sus privados, cuya prepotencia fué parte a mover a los York hacia la guerra. Aunque vencida la primera tentativa, las simpatías de la burguesía y del parlamento por esa dinastía, secundaron otras más felices que concluyeron por entronizar a Eduardo IV, hijo del infortunado Ricardo de York. La casa Lancaster contaba con el impulso de las ambiciones de Margarita y esta vez el despecho de Warwick, «el hacedor de

reyes», pero se frustró su plan de reconquista del trono que parecía ya asegurado para su rival, cuando de su propio seno debía surgir aquel monstruo que fué Ricardo III, el verdugo de los dos niños, hijos de Eduardo IV, su hermano, a quienes substituyó en el poder.

Son esos reyes y este período los que han dado a Shakespeare la galería de sus primeras tragedias en las que se admira a un tiempo la furia homicida, el desenfreno de las pasiones aciagas de los héroes y el genio del artista que las traduce y resucita.

Ningún arte ni ninguna ciencia pudo nacer bajo tal ambiente; no solamente las letras que ya había magnificado Italia ni el arte que era incipiente y grosero como en ningún otro país, y menos las ciencias matemáticas o cosmográficas que preocupaban en todo el mediodía y en la propia Alemania.

Era grosero, áspero, primitivo pero contenía una reserva pristina de energía que ha-

bría de desenvolverse en el siglo próximo en una vasta exhibición de obras maravillosas del espíritu y del carácter: Shakespeare, Bacon, su Revolución y su imperio colonial.

Flandes no era políticamente un país pero sus comunas fueron tan florecientes y su arte tan vigoroso y original que significaron una fuerza que no puede olvidarse cuando se habla del siglo xv.

Sabían como ninguno del mar. Habíanlo desafiado y triunfado de él. Vivieron, por ello, una vida dramática. A las veces se cree estar delante de una potencia singular.

Conocieron las luchas que despertaron la emulación y crearon la evolución democrática de las ciudades italianas. Dieron su conde Balduino de rey al imperio latino de Oriente en 1204, se impusieron a su suzerano y aun al rey de Francia, se vengaron de él en las crueles matinas brugesas de 1302, aunque Felipe el Hermoso debió concluir con la resistencia un poco más tarde y eclipsar su poder; pero

a fines del siglo XIV estaba rehabilitado y brillaba de nuevo Brujas con la magnificencia de su genio industrial y del arte de Van Eyck.

Un colectivismo instintivo, comunicado por los germanos, crearon sus *gildas*, órganos de su poder manufacturero y de su prosperidad industrial. No necesitaron origen romano, sus comunas como en el mediodía para crecer e imponerse, desarrollar la vida política y la riqueza comercial, que atraía a sus puertos barcos de lejanas procedencias y con productos de oriente.

La semejanza entre italianos y flamencos — estos italianos del norte — tiene sus matices. Comerciales y plebeyas las comunas, hay en las flamencas una mayor fiereza, una reciedad de carácter que ignoraron las italianas, más intelectualistas y de carácter más elástico y sutil, en cambio las figuras de Guy de Dampierre o de Guillermo de Juliers son caballerezcas, salidas de las canciones de gesta o de la Tabla redonda, y más tarde Jac-

ques de Lalaing es un justador medieval.

Pero de todos modos esa burguesía celosa, fiera y opulenta de las comunas flamencas han fundado una civilización. Manejan el comercio de las telas y sobre todas las fabrican. Brujas en un recinto de 22.600 pies está habitada por 150.000 almas, sus calles están pululantes, al punto que a la hora de la salida de los obreros de los talleres debe sonar la campana comunal para evitar accidentes.

La semejanza con Italia tiene un aspecto más importante todavía; por el mismo camino han a llegado la creación artística. De origen popular, se impregnaron de naturalismo y de salud, no velaron sus ojos fantasías ni arrobamientos y su arte pletórico de luz y de formas, regurgitante de savia y de vida, fué el testimonio inmortal de su breve imperio: arte que Fierens Gevaert (1) ha llamado materialista y democrático.

(1) *Psychologie d'une ville*, páginas 84, 93, 94.

Pero aparte de las razones que impidieron a Italia dirigir la nueva era de los descubrimientos geográficos, que le son aplicables en parte, hubo allí una civilización pero no una nación. Dependió de su duque, o del rey de Francia, era una frontera de varios pueblos, pero no era un pueblo, careció como Italia de personalidad política, y en este fin de siglo xv, era simplemente una hijuela de María de Borgoña y por lo tanto un feudo, mero proveedor de recursos a la escarcela siempre vacía del rey de los romanos.

VI

¿ POR QUÉ NO FUÉ ITALIA LA DESCUBRIDORA ?

LA NACIÓN DESCUBRIDORA

Italia : su apogeo en el siglo xv. — Italia estaba indicada por su ciencia, su espíritu comercial, su cosmopolitismo a ser la descubridora. — Dió la idea y el hombre, pero fué incapaz de descubrir. — La idea y la obra social. — El descubrimiento necesitaba una nación descubridora. — Colón italiano españolizado : símbolo de la colaboración de dos pueblos. — Misticismo de Colón. — Colón y Alejandro VI. — Los sentimientos característicos del Renacimiento. — El germen de la decadencia italiana. — La nación descubridora. -- La guerra religiosa, la tradición romana, su posición geográfica. — La civilización se convierte de mediterránea en « oceánica ». — Portugal y España. — El saco de Constantinopla y de Roma más expresivos que la toma de 1453. — La época del descubrimiento ha tenido suma trascendencia en el destino de América. — La guerra actual y el fracaso

VI

¿ POR QUÉ NO FUÉ ITALIA LA DESCUBRIDORA ?

LA NACIÓN DESCUBRIDORA

Italia : su apogeo en el siglo XV. — Italia estaba indicada por su ciencia, su espíritu comercial, su cosmopolitismo a ser la descubridora. — Dió la idea y el hombre, pero fué incapaz de descubrir. — La idea y la obra social. — El descubrimiento necesitaba una nación descubridora. — Colón italiano españolizado : símbolo de la colaboración de dos pueblos. — Misticismo de Colón. — Colón y Alejandro VI. — Los sentimientos característicos del Renacimiento. — El germen de la decadencia italiana. — La nación descubridora. -- La guerra religiosa, la tradición romana, su posición geográfica. — La civilización se convierte de mediterránea en « oceánica ». — Portugal y España. — El saco de Constantinopla y de Roma más expresivos que la toma de 1453. — La época del descubrimiento ha tenido suma trascendencia en el destino de América. — La guerra actual y el fracaso

de la civilización nacida el siglo xv. — El destino manifiesto de América.

Con su poderío, con su ciencia, con sus sagaces mercaderes, con sus expertos navegantes ¿ porqué no fué Italia la descubridora del camino de las Indias ni del camino de Colón ?

En el siglo xv, Italia estaba justamente en el apogeo de su riqueza, de su humanismo y de su esplendor. Ni el imperio germánico de Carlos y Federico, ni el Papado desmedrado por Aviñon y el Cisma podían pesar sobre ella.

El sistema político de la « balanza » aseguraba la paz. Estados principescos con las fuerza de grandes imperios se destribuían la tierra de Italia y la ornaban de palacios, de puentes, de aqueductos y prolongaban su dominio por costas y tierras firmas de oriente.

Eclipsaban por el esplendor de sus fiestas, el lujo de sus cortejos, el ingenio de sus poetas, la sabia ornamentación de sus castillos.

Triunfaban por la habilidad de su política, sobre todo por la concienzuda dirección de sus factorías. Extendían su comercio y dominaban a sus rivales por la sagacidad de sus negociadores de tratados, por sus felices inventos industriales y mercantiles. Ningún pueblo de Europa habíase iniciado como el italiano en el conocimiento de las ciencias naturales y astronómicas; ninguno tenía su genio y su gusto por el comercio; ninguno comprendía mejor las ventajas, y las buscaba, de un camino más corto para el país de las especias.

En el trabajo de encontrar una ruta marítima que condujera a las Indias debieron ser y fueron los italianos los precursores. Ya a fines del siglo XIII algunos genoveses habían tentado la aventura, dando vuelta el África. Dionisio de Portugal buscó y puso al frente de su flota en 1307 otro genovés, bajo Enrique el Navegante hicieron viajes de exploración Perestrello, que descubrió Puerto Santo, An-

tonio de Noli, que encontró la Isla del Cabo Verde (1) en 1460 y Alviso de Mosto dirigió otras más felices expediciones.

Italia poseía, hemos dicho, los condiciones prácticas y positivas necesarias para comprender la empresa, interesarse por ella y llegar a su fin.

La prosperidad de las ciudades reflejaba la fuerza de sus hombres.

Fueron, hemos dicho, los más cosmopolitas y difundidos de su tiempo. Eran italianos, Antonio, Nicolás y Carlos Zeno que en el siglo XIV llegaron hasta Groenlandia. Venecianos los Polo, Marco el joven, que realizó el viaje de 24 años que develó el oriente.

Son también italianos los viajeros del siglo XIV, Juan de Montecorvino, Pordemone, Juan de Marignali, Nicolás de Conti (2).

(1) SOPHUS RÜGE, *Epoche dell escoperte*, trad. italiana, páginas 49 y siguientes.

(2) *Relaciones y cartas de Colón.*

También italiano el monje Mauro, que en el convento de la Isla de San Miguel construyó (1457) el planisferio en el que hay la adivinación de tierras no descubiertas aún.

Comprometida por los Hoenstaufen en la vía de la observación experimental debía ser por largo tiempo la sola Provincia de la cristiandad donde el hombre contemplase sin inquietud los fenómenos y las leyes del mundo visible (1). Ayudábalo en la tendencia, la topografía del país, sin los grandes accidentes que rodean las sociedades religiosas de oriente.

A pesar de todo esto, se repite ahora un hecho cumplido quinientos años atrás: como no fueran italianas las Cruzadas, no podía ser italiano el Descubrimiento que era, en verdad, « la última proeza de la Edad media ». Era el descubrimiento la cifra simbólica de la transición a la Edad moderna, en efecto. Lo infantaban las necesidades de la nueva época.

(1) Gebhart, *Italie mystique*, página 176.

De un lado el advenimiento de las clases más numerosas de toda Europa al consumo de los productos y como consecuencia la búsqueda instintiva de la vía más económica a los centros proveedores de oriente. De otro lado lo instigaban los conocimientos astronómicos y cosmográficos de la ciencia antigua que se exhumaban y difundían en este siglo xv.

Pero si era un exponente de los tiempos nuevos, el ardor y la temeridad que la empresa supone no corresponden a la prudencia, la cautela, la astucia, la mediocridad burguesa que ha sucedido en los comiezos de la Edad moderna al espíritu exaltado y guerrero de la Edad media, como que para parangonar su grandiosidad fuera necesario pensar en las Cruzadas o en la irrupción continental de Tamerlan.

La invasión a Italia de Carlos VIII, con ser posterior, parece con relación al descubrimiento una cabalgata cortesana en honor de

las damas italianas que jalonan algunas peripecias divertidas que ha de relatarse después a las damas de París (1). La aventura de Colón y luego el drama de la conquista fingen para el espíritu otro siglo y otros hombres, no obstante separarlos veinticuatro meses : agosto 1492, agosto 1494.

Fingen otro siglo y otros hombres, porque a pesar de todo, al lado de las calidades señaladas de la civilización y tal vez a causa de ellas mismas, había una inferioridad irreducible para tentar la empresa. Refinados por el arte y el comercio fueron fríos y calculadores, astutos y prudentes, tímidos y epicureos, amantes de los goces y de la vida como su primera condición.

País intelectualista y sensual, civilización comercial y práctica carece de energía pujante, de entusiasmos simples, de ideales grandiosos, de solidaridad generosa y abnegada.

(1) Michelet, *Renaissance*.

Sus ciudades son ricas pero egoístas, se recelan, se hostilizan y la unidad italiana fué el proyecto absurdo de algún visionario como Rienzi. Francia invadió Italia llamada por la ambición de un regente italiano, y el descubrimiento necesitaba más audacia que ciencia, no un hombre experto si no un pueblo, un ambiente social animado de una gran fe.

Pero Italia dió lo que tenía, lo que solamente ella tenía : la idea, la sugestión y el hombre : Colón y Toscanelli (1), aunque éste fuera un símbolo, el símbolo de la reflexión y de la ciencia.

Como idea, la del descubrimiento era hermana de la serie innumerable de iniciativas comerciales que se debe a Italia : el seguro, la encomienda, la letra de cambio como un instrumento ordinario del tráfico.

(1) Se ha negado, como se sabe, hasta la existencia de Toscanelli, Paulo, el físico florentino, por lo tanto la autenticidad de sus dos cartas a Martínez de Lisboa y a Colón.

La idea, el plan, la creación pueden encenderse en la soledad, en el refugio más remoto, en frente del mar, como en un rincón del bosque o de la montaña. No necesitan sino un solo corazón humano, agitado por la meditación y embrujado por la fantasía, mejor si dialoga solamente con la meditación y la fantasía.

Pero la obra humana, y es la condición que la limita y llama el orgullo a la sumisión, necesita la colaboración, la unión, la fraternidad con los demás hombres.

El descubrimiento, empresa medieval, hemos dicho, símbolo de transición, sugerida por la nueva época, requería elfuego, la fe, el arrojo que la nueva época había extinguido, y por eso fué España la descubridora, medieval por su fanatismo, por su frenesí guerrero, por su semítico proselitismo ardiente, por su incapacidad .para calcular como negocio el camino del oriente que el descubridor buscaba.

Ahí se agitaban los sentimientos que Italia no tuvo o había perdido, los sentimientos elementales y pristinos que deciden la acción, sin vacilaciones y sin pausa : el amor de Dios, la abdicación de sí mismo, la incapacidad de lógica que ha sido necesaria para cumplir las grandes gestas de la historia.

Ilógicas las Cruzadas que no fundaron si no un imperio claudicante y efímero y destruyeron el régimen que las realizaba, ilógico el descubrimiento que arruinó por siglos a la nación descubridora.

Italia dió la idea y el hombre : Toscanelli y Colón, pero con ellos solos el descubrimiento no habriase realizado.

Colón era sin duda italiano.

Como buen genovés (1) había sido educado en el mar : « desde muy temprano entré

(1) La discusión sobre la cuna de Colón no me parece seria. Aunque se planteara con algunos nuevos y casi imposibles documentos, Colón sería siempre un italiano.

a navegar, dice él mismo, y he continuado hasta hoy. La misma arte inclina a quien la prosigue a desear saber los secretos de este mundo.

«Trato y conversación los he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otras muchas sectas», agrega en sus relaciones (1).

¿De dónde si no de Italia podía provenir este nauta y cosmopolita?

La idea era esencialmenie italiana: buscar un camino nuevo, más breve y más barato hacia el país que con su producción alimentaba el comercio europeo.

«Y he pasado veintitrés años en el mar, dice en otro pasaje, he visto todo el Levante, el occidente, el norte, he ido muchas veces de la corte de Lisboa á la Guinea.»

Se descubre en él al italiano por innumerables rasgos. Era instruído, paciente, cauto y

(1) *Relaciones y cartas*. página 329.

reflexivo. No soy lisonjero en fabla, antes soy tenido por áspero, dice hablando de sí mismo (1).

Era asimismo desconfiado y prolijo, es decir un excelente observador. Humboldt ha estudiado las pruebas de su sagacidad como escrutador y descriptor de la naturaleza. Fué el primero en reparar en la declinación noroeste de la aguja imantada, en la inflexión de las lineas isotérmicas, en la dirección de las corrientes pelásgicas y su influencia en la configuración de las islas.

Su sentimiento de la naturaleza es profundo y melancólico, su capacidad para comprenderla y conmoverse por ella digna de un contemporáneo de Rafael y de Vinci.

Era asimismo italiano por su meticulosidad en el arreglo de los intereses pecuniarios.

(1) Carta que conservó el obispo de las Casas, de marzo de 1504.

« Mira mucho en el gastar, dice á su hijo, que asi conviene » (1). Mucho oro trujeron, nenguno para mí, agrega.

El oro es excelentísimo, dice en 1498 en carta a la Reina, del oro se hace tesoro y con él quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa ánimas del purgatorio (2).

Se sabe que disputó a Rodrigo de Triana los treinta escudos que había prometido durante la travesía al primero que divisara tierra.

Antes de emprender su cuarto viaje redacta un memorial que deja a su hijo Diego y en el le da buenos consejos sobre dinero.

« Yo te mando, le dice, so pena de mi obediencia, que por tu persona tomes cuenta cada mes del gasto de tu casa y la firmes de tu nombre, porque de otra guisa se pierden

(1) *Relaciones y cartas*, página 407.

(2) Carta después del cuarto viaje.

los criados y los dineros y se cobran enemistades (1).

Aconsejóle comprar los *luoghi* o títulos del Banco San Jorge de Génova, recomendables por la seguridad de su renta.

Carecía de la sentimentalidad romántica que impide ver la utilidad de un acto y cierra el camino para aprovecharla. Aconsejó la esclavitud para sacar de ella y de la venta del Brasil lo necesario para cubrir los gastos de la Corona. Aconsejó también la traición para atraer y emboscar al cacique Cahonaboa (2) y es conocido su ardid del anuncio de un eclipse para deslumbrar a los indios.

Pero, apresurémonos a decir que tales rasgos no son toda la personalidad de Colón. Hay en él, sobre todo después del descubrimiento, una impregnación de sentimientos extraños a su raza. Tomada en conjunto su

(1) *Relaciones y cartas*, página 356.

(2) Instrucciones del 9 de abril de 1494.

psicología, se ve hermanados los propios de las dos civilizaciones que han colaborado en la empresa que el realizó y que parece simbolizar.

Al lado de su meticulosidad para reglamentar la extracción del oro o para registrar sus privilegios en el Banco de San Jorge que confía a Nicolás Oderigo (1) o para disponer de sus bienes por testamento, aparece un hondo ascetismo, una fiebre de aspiraciones metafísicas, que a la veces, fingen un poseído o un visionario.

Olvida su marinería, su astrología « que le dió lo que abastaba », su « engenio », y proclama el milagro evidentísimo que « hizo Nuestro Señor en el descubrimiento de las Indias ». Nada vale mi ciencia, agrega, mi trato con muchas gentes, y las artes y escrituras : solamente me tengo a la Santa Escritura y algunas autoridades proféticas de per-

(1) *Relaciones,* página 357.

sonas santas que por revelación divina han dicho algo desto (1).

Para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón ni matemáticas ni mapamundi: se cumplió lo que dijo Isaías (2). En siete años hice la conquista por voluntad divina (3).

Una vez descubierta, se propone propagar la santa fe cristiana. La empresa « se tomó con el fin de gastar lo que della se hobiese de la casa santa ». Ofrece pagar 10.000 de a caballo y 100.000 de a pie para rescatar el Santo Sepulcro (4), pero Satanás lo ha «destorbado». Las ideas teológicas lo habían penetrado por completo. Afirmaba que en América se hallaba el paraíso terrenal y calculó en 150 años

(1) *Relaciones*, página 330.

(2) *Relaciones*, página 333. Libro de las profecías.

(3) CALVO, *Tratado de la América latina*, tomo I, página 123.

(4) *Relaciones*, página 351. Carta al Pontífice.

los que faltaban para el juicio final. Después de su segundo viaje, cuenta el cura del Palacio, se lo veía por las calles de Sevilla con el cordón y hábito de San Francisco de la observancia. Devoto de Nuestra Señora de Guadalupe, rezaba su novena cuando moría (1).

En la carta a Juana Torres, el ama del infante Don Juan, Colón recuerda una voz divina que le habló en momentos de desencanto, pero es en la *lettera rarissima* de 1503 dirigida a los Reyes desde Jamaica donde se ve toda la fiebre mística que enardecia sus últimos años.

Soportaba por primera vez toda la intensidad de la tormenta y del mar antillanos. Ochenta y ocho días estuvo sin ver estrellas, con los navíos desmembrados, las velas rotas, los hombres deseando la muerte.

En Veragua, rendido de trabajos, desalentado, oyó en sueño una voz piadosa que le

(1) Humboldt, tomo VII, página 273.

dijo: « O estulto y tardo a creer y servir a tu Dios! Que hizo Él mas por Moises o por David su siervo? Las Indias que son parte del Mundo tan ricas te las dió por tuyas, tu las repartiste a donde te plugo y te dió poder para ello » (1).

Agrega en otro pasaje « Haya misericordia agora el Cielo, y llore por mí la tierra. Llore por mí quien tiene caridad, verdad, justicia. »

Mientras así hablaba este italiano, Roma iba a ser la patria de la *plebea pasquinata*, con el Aretino a la cabeza, « el más grande maldiciente de la historia »; y Alejandro VI, podía decir a Lucrecia en los diálogos de Gobineau: « abandona a los espíritus pequeños, a la plebe de los subordinados la languidez de los escrúpulos » (2).

He ahí, sin duda, un contraste expresivo. Alejandro subía al solio al mismo tiempo que

(1) BURCKHARDT, *La Civiltà*, tomo I, página 189.

(2) *Renaissance*, página 107.

Colón partía de Palos, y mientras el Pontífice, que era un español, hospedaba en la Corte a un hermano del Sultán de Constantinopla, Colón, que era italiano, pensaba todavía en la conquista del Santo Sepulcro. Ambos se acomodaban al espíritu de las sociedades en que vivían y obraban : era Alejandro un político italiano y Colón un místico español.

Italia llegaba, bajo el pontificado de Alejandro VI, al estado social que hemos ya descripto y del que surge claramente su incapacidad para aventurarse en el *mare tenebrosum*.

Chamard ha aislado en su análisis del Renacimiento los sentimientos que lo inspiraron y lo definen : la pasión del arte y de la ciencia, el amor de la vida y de la gloria (1). Ni el individualismo orgulloso, que hemos presen-

(1) CHAMARD, *Revue des cours*, 5 de marzo de 1914.

tado como el final de su evolución social en este siglo, ni ninguno de aquellos sentimientos eran propios para prohijar la hazaña.

He ahí, pues, como era extraña a la generación del Renacimiento. Había una suma de fuerza moral, de reciedad y de heroísmo encerradas en el proyecto y en su realización profundamente antiitalianas.

La pintura de Gebhart de la conciencia italiana es la definición de su impotencia. Toda disciplina se había abolido; las nociones cristianas de caridad y de justicia estaban destruídas; la iglesia traicionaba la causa de Dios y había perdido toda autoridad apostólica; la superstición reemplazaba la incredulidad, refugiada en la hechicería y la astrología.

Del espectáculo de la vida pública, las almas recibían una lección perpetua de egoísmo y de licencia.

Es permitido a todos, en el círculo que le hubiera reservado la fortuna, ser a un tiempo león y zorro, pues que eran los únicos felices

que alcanzaban en la mayor medida el poder, la riqueza y los placeres (1).

Onore e virtu, son dos palabras de la lengua de este país que han recibido el sello de esa conciencia : no son las formas supremas de la dignidad y de la abnegación, si no que, como en un sarcasmo que se mofara de su beata estupidez, significan la habilidad para triunfar en un caso difícil, con maestría consumada.

La gran ley del mundo no es hacer esto o aquello, de evitar tal punto o correr hacia tal otro, si no vivir, engrandecerse, desarrollar lo que hay en sí de más enérgico y de más grande, de manera que de una esfera cualquiera se sepa esforzarse para pasar hacia otra, más grande, más aérea, más alta (2).

No fué, pues, su decadencia ni la ruina de su comercio, como se ha dicho por algunos

(1) *La renaissance*, página 379.

(2) GOBINEAU, *Renaissance*, página 107.

historiadores, una consecuencia del descubrimiento de América que trastornaba las rutas del tráfico, sino un fenómeno concomitante con la pérdida de su entusiasmo cívico, con su epicureismo moral, con su descreimiento que, como hemos visto a principios de este siglo, teorizaban las pasiones fugadas de sus frenos, y concluía a lo mejor en el regazo de las fábulas o de las brujas.

Boccardo atribuye el empobrecimiento de Italia y de su comercio a las guerras fratricidas y a la caída de Constantinopla; de Joannis al lujo inmoderado y a las gabelas; Burckhardt ve en el siglo XVI el mayor florecimiento de la prosperidad veneciana, pero quienquiera que sea el autor, reconoce que germinaba en el seno de la península un mal complejo pero cierto, íntimo y letal.

De otro lado, mientras Alemania carecía de gobierno al punto de carecer de capital; mientras el trono de Inglaterra se jugaba todos los días en el campo de batalla con Es-

cocia todavía independiente; Francia, organizada a medias, realizaba la aventura galante de la invasión a Italia; España, medieval todavía, como las primeras, más compacta, étnicamente, que todas, perseguía secularmente una campaña propia a consolidarla, a definirla, a enardecerla con una fe tan combativa como profunda. Estaba preparada para una cruzada, y si un nuevo sínodo de Clermont de Auvernia hubiera sido posible, España entera habría peregrinado a Jerusalén.

Algún historiador ha hablado « de la coincidencia de circunstancias favorables », que pusieron a España en tal condición en Europa a fines del siglo xv, aludiendo al descubrimiento.

La fuerza de España está en la unidad que le ha dado la guerra religiosa, que es profundamente nacional, y en que es una democracia que preside una monarquía. La revolución de los comuneros, dice Oliveira Martins,

no depone contra la democracia monárquica porque es fuerista en primer término y además una protesta contra el extranjero (1).

La tradición romana que era cesárea y la visigótica fortalecieron el nervio monárquico que la necesidad práctica de dar unidad a la guerra alimentaba. Además los concilios y las cortes fueron parlamentos que, inveteradamente rodeaban el gobierno. Buckle quiere reducir la historia española a dos sentimientos singenéticos : la fidelidad al monarca y el fanatismo.

Por el primero, la nación es lo que son personalmente sus reyes, fuerte y grande bajo Felipe II, impotente como su rey bajo Carlos II.

Si quiere decir, y confirma ello lo que llevamos expuesto, que era España una nación proselítica, colectivista, Buckle dice la verdad, pero la conclusión que de ello deriva,

(1) *Historia*, páginas 234 y 235.

de ser su historia meramente la obra de sus reyes, es falsa, porque ninguna ha tenido, como España, una fuerza social, popular, tan una, por lo mismo tan acabada y enérgica. Su guerra religiosa, su conquista de América y su colonización, son dos obras maestras de homogeneidad, son dos fiebres populares, son hijas genuinas de un pueblo al través de las más variadas vicisitudes de cortes y dinastías.

Contribuyó también a dar derrota a su acción su posición geográfica.

Situada entre el mar interior de la civilización greco-latina y el océano no surcado, abrió las puertas del nuevo ciclo que cerraba la edad antigua que fué de mares interiores: el Mediterráneo en Europa, el golfo Arábigo y el golfo de Bengala en Asia y el americano del imperio de los Nahua, según Ratzel. A partir de aquel año 1492, la civilización se volvía *oceánica*.

Este destino era común a la península ibé-

rica y es por eso que el Portugal ocupa un sitio tan importante en los comienzos de la nueva época.

Pero navegante y descubridor, el Portugal, se diferencia de España por la misma razón de su guerra religiosa y del carácter heroico que ella le imprimió. La senda historia de sus descubrimientos acusa la diferencia, pues, mientras España va, en pleno mar, hacia lo desconocido, y de un rasgo, Portugal camina lentamente y costeando las riberas, que es, en la oda de Horacio, la imagen de la prudencia y la cautela; *premendo nimium littus iniquum* (oda VII, *ad Licinium).*

Esa lenta preparación de Portugal, paciente e inteligente, es sin duda, una página digna de admiración.

Comprendió desde sus primeros años de nación independiente, que su destino estaba en el mar. El rey Dionisio habíacontratado el almirantazgo con el genovés Pessagna. Lisboa y Oporto eran dos grandes puertos y

desde muy antiguo ciudades comerciales y cosmopolitas. Ha hecho ya excursiones a la costa del África, bajo Alfonso IV y a fines del siglo XIV, bajo el rey Fernando, ha dictado una legislación marítima completa, hasta que el Infante don Enrique conquista Ceuta, instala el observatorio de Sagres, lleva a él al cartógrafo Jaime de Mayorca y Perestrello hace el primer descubrimiento.

Se abrió, pues, el mayor ciclo de la historia, al hacerse oceánica la civilización. El ciclo greco-latino había concluído. El proceso está señalado por dos hechos simbólicos : la conquista de Constantinopla en 1200, y el saco de Roma en 1527, por los propios latinos. Ambos son más expresivos que la conquista de los turcos de 1453. Si los venecianos y los genoveses, todos los cruzados, en camino de Jerusalén al encuentro de los árabes, se detienen a pillar a sus hermanos, señalaban a los enemigos el camino de su triunfo. La toma de Mulad II, con que se

amojona el final de la Edad media, era una simple consecuencia.

Nunca, decían, los conquistadores, hablando de la toma de Constantinopla, desde el principio del mundo se había ganado como aquella vez. Los caballos y las mulas entraban hasta el interior de los templos, para ser cargados con los vasos y las joyas sagradas. Una prostituta se sentó en el solio del patriarca danzando y cantando en medio de los soldados ebrios (1).

El saco de Roma en 1527, precedido por la invasión de 1494, completa a larga distancia aquélla.

Fué este un espectáculo único. Clemente VII tuvo que refugiarse en el castillo San Angelo, manchadas con sangre sus vestiduras pontificias y oyendo silbar sobre su cabeza las balas de los arcabuces alemanes. Aquellos cardenales y obispos que encontraban bárba-

(1) S. Sismondi, tomo II, página 160.

ro el latín de los salmos, que poco antes se inclinaban ante las estatuas de Venus y pasaban sus días presenciando fiestas paganas, donde hombres desnudos corrían como en los antiguos juegos de Grecia, fueron víctima de todos los ultrajes, se les atormentó para sacarles dinero, y atados los unos a los otros y sin ropa, marcharon entre *lansquenets* disfrazados con vestiduras sacerdotales.

Los templos convertidos en orgías, la basílica de los Apóstoles en establos, y los arcos y obeliscos que habían visto a los soldados de Alarico doblar la rodilla ante la procesión de los monjes que conducían las reliquias de los santos, vieron esas mismas reliquias rodar por los suelos (1).

Las dos capitales de la historia latina, centro, blasón y resumen de la civilización que

(1) Michelet, *Renaissance*, capítulo I; Orti y Brull, *Italia en el siglo XV*, capítulo I.

crearon, habían sido humilladas por sus propios herederos.

La historia iba a doblar su curso, la civilización iba a ser por primera vez oceánica.

¿El descubrimiento fué consecuencia de este nuevo rumbo de la civilización, o fué la causa?

Este libro espero demostrará que no habría podido permanecer América por más tiempo ignorada de Europa, y si el descubrimiento contribuyó a abrir la historia moderna, descentrándola de sus viejos equilibrios, fué la hora de su aparición una feliz circunstancia para sus destinos.

Hay una interdependencia de ambos fenómenos; América es un efecto del movimiento social, económico, científico de los siglos XIV y XV, y ella a su turno contribuyó a orientar y definió la historia moderna. Descubierta antes, como lo fué en efecto por los escandinavos en el siglo X, el hecho careció de significación

social por el aislamiento de los pueblos, la incapacidad colonizadora de los descubridores, pero pudo ser una conquista contemporánea a la del imperio latino de oriente del siglo XIII y entonces otro fuera el porvenir de los países descubiertos. Habrían trasladado los descubridores, a esa altura de la historia europea, las instituciones feudales, que le eran propias, y América las habría adoptado a la manera del imperio latino de Oriente de 1204, y del Reino de Jerusalén donde enervados los conquistadores por el clima y las delicias del Asia, conservaron los celos que el sistema feudal alimentaba y perdieron la energía que suponía y lo justificaba (1).

Fué otra muy distinta, en cambio, la herencia que tocó recibir a América, nacida cuando perecía el pasado, sobre todo cuando perecían los odios entre los pueblos, y entre las clases de un mismo pueblo aventados por el

(1) S. Sismondi, tomo II, página 54.

movimiento de universalización comercial y científica característico de ese fin de siglo.

He ahí, por qué América no alentó ni los principios feudales, ni los prejuicios étnicos, ni las disputas de fronteras, ni siquiera el culto monárquico. La despoblación y el desierto de América permitieron crear *ex nihilo* la nueva civilización, aunque aquéllos, fueron factores que impregnaron el crecimiento de las nuevas sociedades.

Esta ausencia de los motivos seculares de las querellas fué un hecho de la mayor trascendencia para la suerte de América. Nunca habríamos de repararlo mejor que en este momento, en el que fermentando en lo más hondo de la entraña de los pueblos viejos rencores centenarios, han restallado en la hecatombe sin par del año 1914.

¿Es el fracaso de la cultura nacida el siglo XV, ya que de ella procedemos?

¿O es la repetición de la cultura y del humanismo italiano incapaces para fundar la

grandeza social del país que las engendró y que entró bajo su arco magnífico a un crepúsculo de siglos ?

¿ Es el cristianismo o la falta de cristianismo la causa de esta bancarrota ?

Todas estas interrogaciones son extrañas a este libro, pero el historiador puede callar cuando surge por el curso inesperado del relato, una voz profunda que lo suspende y que habla al porvenir.

Si algo hay evidente es que el proceso iniciado en el siglo xv con Gutenberg, Colón y Lutero, se clausura ahora, y que es la civilización del Renacimiento y de la Reforma la llamada a juicio. Es el mismo espacio de tiempo, son los mismos cinco siglos que gestó la civilización que el Renacimiento y la Reforma condenaron, iniciada por las Cruzadas. Han sido estas la primera palabra del libro y el descubrimiento la última : Godofredo buscaba el Santo Sepulcro y Colon soñaba todavía con su rescate.

No alienta, sin duda, nuestro siglo esa aspiración material pero la espiritual que ambas comportaron ha quedado insatisfecha, y hoy cinco siglos despues, la humanidad se orienta de nuevo, en la angustia extraordinaria de esta hora hacia una fuente ideal tan ansiada como incógnita.

La conquista a nombre de un verbo de paz y de amor no ha sido, pues, cumplida, ni por la Edad media que murió por ella, ni por la Edad moderna que la proclamó a nombre de la libertad y de la ciencia. Queda de pie, interrogante, ante los ojos de América.

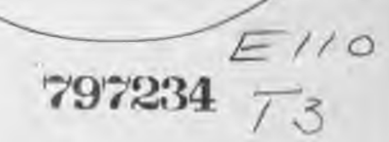
ÍNDICE

IV

LAS CIUDADES COMERCIALES. LA VÍA DEL ORIENTE

V

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA EN LOS DEMÁS PAÍSES


E110
797234
T3